

REVISTA IBÉRICA

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Director: D. Juan Reina

Queda prohibida la reproduccion de los artículos literarios y científicos que se publiquen en esta Revista.

<p>SUMARIO.</p> <p>—</p> <p>16 de Mayo.</p> <p>DON J. ORTEGA MUNILLA.—Panza-al-trote.</p> <p>DON JACINTO OCTAVIO PICON.—Un cuento en una carta.</p>	<p>DON JOSÉ R. CARRACIDO.—Las ciencias inductivas.</p> <p>DON LUIS MARCO.—Velocidad de la transmision nerviosa.</p> <p>DON ANGEL DE LUQUE.—Revista política exterior.</p> <p>DON CARLOS FERNANDEZ SHAW.—Sonetos.</p>	<p>DON ANASTASIO R. LOPEZ.—Poesías de D. Francisco de Abarzuza.</p> <p>DON JOAQUIN MORENO.—Miscelánea.</p> <p>REVISTAS EXTRANJERAS:</p> <p>Revue des Deux - Mondes.</p> <p>Biblioteca Universal y Revista Suiza.</p> <p>Revue Britanique.</p>
---	--	---

16 de Mayo.

Entre las acusaciones que se formulan contra el Gobierno, figura la de poco artista. Hace veinte días mortales que sólo piensa en buscar una postura académica para caer y no acierta á encontrarla. Apenas se toca un resorte de la mal traída maquinaria política que no descubra el mismo letrado: Inmoralidad.

No querian provocar una crisis franca á consecuencia del debate Fiori-Giron; se negaban á reconocer los inconvenientes de que el Sr. Abascal continuase al frente del Municipio de Madrid, y la actitud del conde de Xiquena ha precipitado los acontecimientos. El registro es diferente; pero la nota idéntica.

Esta cuestion trajo por incidencia al Congreso de diputados una polémica más acerca del modo como en España se practican las elecciones.

Pocas veces se habrá escuchado en Parlamento alguno discurso más amargamente franco y sincero que el pronunciado con tal motivo por el más fogoso de nuestros oradores. No es de hoy, ni de este Gobierno, sino costumbre inveterada en nuestro país, la corrupcion del sistema electoral. Cómplices de ella son los gobiernos, los candidatos y los electores. Apenas se anuncian nuevos comicios, el ministerio se ve agobiado de ruegos y asediado de comisiones: los pretendientes se cuidan más de una sonrisa del ministro de la Gobernacion que de conquistar voluntades en sus distritos.

Inútil sería modificar el sufragio; ocioso que se impongan severas penas á los infractores de la ley; el mal está muy hondo y hay que estudiarle con serenidad. Tales fueron, si no las palabras, las ideas manifestadas con extraordinaria elocuencia, por el Sr. Romero y Roldo.

Cuando el hombre de partido se eleva á la mision de estadista, debe estudiar los hechos y buscar sus leyes naturales sin pasion ni enconos. ¡Ojalá los discursos de este género reemplazasen siempre en nuestras Cortes á las diatribas menudas de las comadres políticas! Dificil, por no decir imposible intento, el del señor Sagasta de ganar el verano entre dimes y diretes de las oposiciones. La dimision del alcalde de Madrid era una de las tres que pide la opinion publica por un solo motivo.

La discusion de los nuevos presupuestos debe decidir la suerte final del ministerio. ¿Cómo encontrar una caída más artistica que la motivada por una serie de discursos de Moret?

De dos partes debe constar la campaña del ilustre economista: una crítica y otra productiva. El diputado demócrata que en una serie de discusiones parciales ha ido notando los mil lunares de unos presupuestos calculados á ojo de buen cubero, puede ahora lucir todas sus galas oratorias, formulando el *mot de la fin* de esta anómala situacion.

La izquierda dinástica, puede darse por seguro que procurará inducir al más importante de sus jefes para que abandone los escrúpulos que lo colocan á *honestá distancia*, dado que esa honestidad no denota doncellez, sino viudez prolongada.

Con este motivo los astrónomos de la política se dedican á inventar cábalas, no más sólidamente fundadas que las de ciertos astrónomos, amantes de lo maravilloso, cuando un corneta, despues de recorrer la excéntrica elipse de su órbita, camina en direccion del sol, como si hubiera de precipitarse en su candente masa. ¿Será absorbido por la atraccion solar? ¿Continuará su marcha alejándose de nuevo en progresion inversa á la velocidad con que se aproximó?

Ambos fenómenos se registran en la historia de nuestro sistema planetario. Todo consistirá en la energía con que se verifique la atraccion.

Mas si el Gobierno sucumbe en la discusion de presupuestos, sin que la opinion pública, ni quien ha de ser su intérprete más fiel, le permita conservar el mando durante el anhelado estío, ¿quién se encargará de formar gabinete? ¿Se cumplirán al fin los pronósticos de que, haciéndonos eco de los primeros rumores, dábamos cuenta en la crónica de nuestro número anterior?

Preguntaba en Francia una señora á uno de nuestros primeros hombres de Estado:

—Monsieur C: ¿Qué pronosticais de las cosas de España?

—Madame: En España puede fundarse todo, menos puentes y pronósticos.

—¿...?

—Los primeros porque los destruyen las facciones; y los segundos porque los hunde la casualidad.



PANZA-AL-TROTE.

PANZA-AL-TROTE.—Apodo con que se nota á aquel que anda siempre comiendo á costa ajena, ó á donde halla ocasion de entrarse, y que ordinariamente padece hambre y necesidad.

(Diccionario de la Academia Española.)

I.

Cementerio.—Evocacion del espíritu.

Robustas espaldas, hechas á tal oficio, llevaban por la cuesta de Areneros, una tarde de las más frias de Noviembre, poco antes de que oscureciese, la parihuela mortuoria de la parroquia de San Ildefonso. Los cuatro sepultureros, de desiguales estaturas, por lo que la caja iba desnivelada, caminaban deprisa, á veces metiéndose en la acera para evitar los charcos y barrizales, ya saliéndose al camino real, donde el continuo paso de carretas habia dejado hondos carriles, especie de vía que el Noviembre traza alrededor del mundo, y que el Mayo borra en un dia de sol. ¿Dónde está el sol? ¿Ha venido alguna vez por aquí? Diríase que no, segun lo turbio del celaje, que con bandas de nubes plumizas cierra el espacio libre entre una manzana de casas pobres y un taller de picapedrero. Ni tampoco acreditan que haya pasado por aquí la escoba de oro de sus rayos, los blandos lodazales, que han hecho del camino un pantano y de las ruinas de aquellos dos casucos de adobes un informe montículo de barro. Las dos filas de olmos, que suben con prodigios de valor la cuesta del cementerio, enseñan las ramas sus hojas, y éstas, desprendidas días antes de sus tallos nativos, giran alrededor de ellos por el encharcado suelo, no decidiéndose á la separacion definitiva.

—Semana de beneficio para la *cama redonda*, dijo uno de los sepultureros, empujando la caja sobre el hombro para cambiar el sitio de apoyo.

—Este es el tercero que nos da propina, afirmó otro de los cuatro

Una carcajada soez dió vueltas alrededor de la caja. Empezaba á llover de nuevo. Las gotas de lluvia, suspendidas un instante en la atmósfera, volvían á descender con ruido y fuerza. Sobre la tapa de la caja sonaban como con redoble de tambor: sobre la cara de los enterradores simulaban lagrimas que prestaba la naturaleza á quien de otro modo no era capaz de ellas; en las charcas negruzcas caian con ruido de agua hirviente, y mil pompillas de barrizoso cristal estallaban en la superficie. Más turbio se puso el cielo; más oscuro aquel

telon de nubes plumizas, y la luz hubiera por completo faltado á la tierra á no haber sido el dichoso acaso de que al ponerse el sol, una de sus últimas miradas pudo atravesar triste cielo y urbano paisaje, produciendo una iluminacion amarilla, que centelleó en los charcos, ensangrentando sus aguas. Luz moribunda y agua pluvial se unieron en el espacio, La gota y el rayo se besaron, y aquellas se dejan atravesar por éstos en una explosion de amor, convirtiéndose el temporal deshecho en graciosa cascada de piedras preciosas. Llovian rubíes, diamantes, zafiros, y sobre todo, ópalos; la coloracion recorrió todos los tonos. Iba del aurífero al anaranjado, deteniéndose en el violeta donde desarrollaba riqueza inacabable de matices. El mísero cortejo, cruzando aquella tempestad de agua y colores, tenia algo de desfile teatral, y parecia que el cielo, queriendo honrar con la solemnidad más adecuada el entierro de aquel pobre, pedía prestados á la luz Drumont sus resplandores falsos. El arco iris surgió de entre las ráfagas de lluvia, y distendió su curva noble excelsa, apoyando un pié en el Pardo y otro en los llanos de Vallecas. Madrid quedó encerrado en aquella faja de luz. Mas fué por poco tiempo: el dia se aleja y los sepultureros hubieron de apretar el paso para llegar al cementerio de San Ildefonso antes de que, con las de la luz, sus puertas fueran cerradas.

El agua, cayendo sin cesar durante una semana, habia hecho su oficio en el cementerio, borrado inscripciones, anegado tumbas, ayudado á la tierra en su faena digestiva. La arena de los senderos, oprimida por la grave pisada de los sepultureros, conservaba la huella de los ocho pies paralelamente señalados, como si por allí hubiese pasado la bestia fantástica destructora que tiene su pesebre en el nicho. Estas huellas habian descrito una línea curva, habian cruzado las dos primeras salas, habian traspuesto los límites de una tapia, al otro lado de los cuales parece comienza un corral. La arena no avanzaba más allá de aquel porton desvencijado y la tierra negra recobraba sus derechos. Allí sí que habia hecho su oficio el agua. En un enorme hoyo se habia reunido una mediana acequia, y dos cavadores procuraban en vano cegarla con sendas espuestas de tierra. Un poco más allá otro hoyo, que frisaba en barranco, mostraba, completamente al descubierto, cadáveres recién echados. Uno de ellos estaba desnudo del todo, y la cal que le habian arrojado, por que más pronto se le comiera la nada, cubría su rostro. El de una mujer, vestida con una como bata de percal negro, llevaba su pudor hasta á aquella cínica y brutal tumba; pero otro cadáver femenino, de edad y rostro indescriptible é inexplicable

—tal le habian puesto el lodo, y lo que el Arcipreste de Hita nombraba «demasiás de la calabrina»-permanecía en una desnudez indecente. No hallaba el gusano obstáculos en el brocado y el oro, como en el cadáver de un monarca, sino que franca y generosamente se entregaba allí la materia á la materia, como si un nuevo nacer cubriese en cendal de inocencia el taller de la renovacion de los dolores.

Si ridículamente hubiese entonces pretendido plagiar á Shakespeare un dramaturgo, hubiese podido apuntar en su libro de memorias este diálogo.

SEPULTURERO 1.º—Poca carne traemos. Esto es engañar á esos señores. (Señalando lo más profundo del barranco.)

CAVADOR 2.º—¿Es el último de hoy?

SEPULTURERO 2.º—(Secándose con un sucio guñapo el sudor de la cara, que no por eso queda limpia.) El último. Pesa poco; pero como era tarde, hemos andado listos... y se suda...

SEPULTURERO 4.º—Venga la cal. (Le acercan una espuerta y con un cazo de fontanero que hay hundido en la cal que contiene, echa un poco en el hoyo.) Vamos allá. A la una, á las dos...

(Se oye ruido de cuerpo que cae en tierra. Los sepulcros, sosteniendo una de las varas de la parihuela-caja, han hecho girar ésta, de manera que se vaciara, y el cadáver ha salido.—Dejan la caja en el suelo; echan más cal sobre el cuerpo muerto.)

SEPULTURERO 3.º—(Tirando de una sábana que envolvía el cuerpo.) ¡Qué flaco está! ¡Qué naturalezas tan tísicas! El mundo se acaba. Huesos, huesos y nada más que huesos.

CAVADOR 2.º—No es como esa mujer que tragísteis esta mañana. Ahí está; aún se la ve el cogote. No quedan ya más que dos enemigos del alma: el mundo y el demonio... La carne la hemos enterrado hoy á las diez.

SEPULTURERO 1.º—¿Quién tiene un cigarro?

SEPULTURERO 3.º—(Alargándole la petaca.) Cualquiera... Echad más cal.

CAVADOR 2.º—¿Para qué? Este hombre no tiene trabajo alguno; ya está en esqueleto. Se conoce que se le han comido en el mundo y no nos traen más que los huesos.

SEPULTURERO 2.º—¡Sí, pero buena panza! ¿Está hinchado?

CAVADOR 1.º—Borracho... El vino hincha.

CAVADOR 2.º—A algunos.

SEPULTURERO 3.º—Mira qué cabeza se trae.

¡Pistonuda! El pelo le llega al cuello. Es una melena de teatro.

CAVADOR, 2.º—¡Pues anda, que la barba!...

No estaba abonado á *Sí sí*. Uñas y pelo: eso es lo que no deja de crecer cuando viene la miseria... y el hombre se va pareciendo al oso.

SEPULTURERO 2.º—Aprieta la lluvia. Vámonos. Hasta mañana. Dame lumbre...

La lluvia arreció en tal manera, que no hubo en toda la villa paraguas bastante fuerte para librarse de ella. La plaza de Chamberí se inundaba, las alcantarillas rebosaban el barro, y de las canales y las esquinas de los tejados se desprendían diluvios. Solitario se quedó el cementerio, y el último muerto que acababa de tomar posesion de sus tres piés de tierra, conservando por todo abrigo un guñapo de camisa que le cubria los brazos, parte del pecho y hasta las rodillas, fué bañado por la lluvia, especie de bautismo que la muerte le apercibía. El lacio y guedejado cabello, la barba crecida al descuido de una larga enfermedad, hablaban de no lejanos años juveniles y daban al lívido rostro señales de majestad desusada y algo melodramática. La línea negra que indicaba el lugar de la boca, partía en dos el óvalo del rostro, y se destacaba crudamente en el semblante, que ya empezaba á presentar aspecto de asquerosa blandura gelatinosa. El mucho llover habia puesto la tierra tan blanda que, poco despues de haber sido arrojado el cadáver al gran hoyo, el propio peso le habia hecho marcar una huella con que el lodo parecia querer copiar las líneas del cuerpo. Disuelto con el agua un gran terron en que se apoyaban los piés del muerto, éste se deslizó por la pendiente, y acomodada su espalda en la huella, vino á quedar como sentado; sus codos se apoyaron en las rodillas; cayó la cabeza por su propio peso hácia adelante, y no pareció sino que, recobrada la vida por el bueno del difunto, adoptaba postura de descanso para aguardar en cómoda actitud el desenlace de aquel incidente último del triste drama, sobre el cual no habian aún corrido el telon de tierra.

El viento se desató de repente, hizo palpar en negras olas todos aquellos pequeños mares de barro de los charcos; hubo árbol que mojó sus tiesas aristas en la humedad del suelo, y más de una chapa de zinc voló por la atmósfera. Chirrearon al mismo tiempo los alambres de las coronas puestos en las sepulturas y los goznes de las vidrieras en los nichos que las tenian; paseóse, bajo las galerías, el vendabal, retorciéndose furioso por ellas y arrebatándoles el silencio—ese sudario invisible de los cementerios.—Hasta parecia que el muerto hablaba, que el viento traía sílabas dichas por lábio humano. En el cielo, el desatentado huracan habia barrido las nubes; las cuarteó, las rasgó en mil girones y se llevó hácia Levante la tempestad, dejando limpio el cielo, centelleantes las estrellas, como si acabasen de crearlas, ó cuando ménos, de darlas un limpión... Pero no: induda-

blemente en aquel conjunto de notas silbonas, aulladoras, que gemían, maldecían, susurraban preces, proferían maldiciones, se quedaban medio dormidas en blando sollozar de endecha elegiaca ó se desataban en inarmónico arpegio de gritos, la garganta humana ponía un alarido. El hombre, en aquel concierto de la tempestad, dejaba exhalar el sonido de su voz. Puede el viento silbar en un agujero, teclear en los quebrados losanges de la lápida, tañer áspera viola, pasando su arco entre las hojas secas de una corona de siemprevivas; pero no puede balbucear la palabra. Y eran palabras, palabras del pátrio idioma, un *¡qué frío!* seguido de una tos fuerte; un *¡ay!* prolongado en notas de llanto; un *¿qué... es... es... to ...?* que el viento desarticulaba como si desparramase las letras al conducir las.

Cuarto menguante el de la luna, su luz no alumbraba la escena lo bastante para que el horrible misterio pudiese descubrirse. Todo lo brillante del cementerio brillaba: la cúpula de la capilla, de pizarras negras: las cruces de metal, de un sarcófago, neciamente solemne y lujosamente estúpido; los surcos trazados por la carretilla de mano del cavador, que estaban llenos de agua; los abalorios de una corona depositada por el viento en medio de una senda. Pero en la hoya grande todo era tinieblas: los paredones de la derecha la dejaban en la oscuridad. De nada nos sirven los ojos: la tiniebla es la ceguera de todos.

Espíritu descubridor de los secretos sepulcrales, el que revuelve las cenizas para buscar la causa de ellas; el que anda por las heladas venas hasta llegar al corazón, ya frío, donde se esconde un misterio de amor; el que deletrea los epitafios de alemaniscas letras; el que convoca junto á las tumbas recientes los diabólicos duendecillos de la murmuración y la curiosidad, para que tejan, con hebras de dolor y risa, el velo de luto de las reputaciones; el que ha sacado á luz el secreto de la vanidad faraónica, envuelta en olorosos guiñapos; el que ha resucitado la historia del hombre convertido en un soplo de ceniza, en los terrenos plutónicos; sí, tú, espíritu de la novela, ven á ayudarme. Dime si ese rígido cadáver se ha movido, si ha hablado, qué palabras pronunció... si ese pedazo de carne que va á devorar el lodo fué el alcázar de un héroe ó la guarida de un miserable.

II.

El poema de los guiñapos.

Clara no tenía paraguas, sus botas no estaban en buen estado, y sus tacones tan torcidos, que la marcha era para ella operación dolorosa. Con la lluvia se le había pegado el

pardo velo de su manto á la cara; las bandas de su negro pelo relucían, no por artificio del cosmético, sino por el del agua del cielo. Su manto negro tenía rotos, en vano remendados, manchas lavadas sin éxito: plegado rigidamente, acusaba la delgadez del cuerpo y la absoluta carencia de lo que llamó el cínico artista «gracias curvas.» Iba muy deprimida, muy deprimida, por la calle de Atocha, tanto que dejaba atrás los tranvías. Su paso era irregular: ya avanzaba midiendo con ancho compás las losas, ya con paso precipitado, pero corto. Se ajustaba con ambas manos, que eran muy lindas, las caídas del manto y el pañuelo sobre el raso pecho. Miraba al cielo, amenazante y torvo.

En la plaza de Anton Martin un cojo hacia bailar un perro, vestido con roja casaquilla galoneada de oro. Un grupo de chiquillos, estudiantones y soldados le miraba, y cuando pasó Clara alguno la dijo:

—Vaya un lucero que le ha robado á Vd. el cielo, flamenca.

Aludian á que Clara era tuerta del ojo derecho, y con una fealdad tal, que en vano había la naturaleza plegado, por disimular la ausencia del cristal humano, la doblez del párpado, porque se descubría su deficiencia, antes que el fulgor vívido de su sana pupila, en que la parte deshecha del rostro yacía en un estado de tristeza cómica, deformado con el estiramiento de los músculos faciales.

Poca impresion hizo á Clara el brutal chiste soldadesco, porque no se notó en su rostro cosa alguna que expresase dolor, ira ó despecho. Continuó su camino, cada vez más de prisa, y al andar, lo sonaban en la faltriguera unos cuantos cuartos. Un tranvía, un camión y una berlina, habían tropezado é interceptado la calle. Por arriba y por abajo se veían otros vehículos detenidos y mucha gente alrededor. Tuvo también que pararse allí Clara y abrirse camino á codazos. El vocerío de mayores y cocheros disputando con feroces blasfemias y rudas palabruchas, creció cuando en los esfuerzos que hacia el caballo de una berlina de punto por avanzar, tropezó y cayó al suelo, quebrando las varas de la limonera. Aumentó el gentío, y Clara hubo de detenerse ante uno de esos aparatos anunciadoras de teatros, hechos con arreglo al patron de las horcas, para que luzcan los grandes reclamos del arte teatral; en letras gordas, nombres ilustres y vulgares, títulos célebres y desconocidos, de grandiosa memoria y de estúpida gracia; mucha prodigalidad de «eminente,» «aplaudidísimo» y «popular» y el panegírico del *atrezzista*, mezclado con el del génio.

—*¡Sullivan!*—dijo Clara, leyendo uno de los carteles.

Una lágrima acudió á su pupila sana, y añadieron los labios de Clara:

—¡Pobre *Sullivan*!

Pudo abrirse camino entre la multitud, y cuando lo consiguió, llevaba la mano derecha puesta en el pecho, por el sitio donde la anatomía encuentra el corazón y la psicología el centro de los dolores humanos. La pobre tuerta llevaba silenciosamente un hilo de lágrimas continuo, que cala por su pálida mejilla y la absorbía el manto. Sus piés chapoteaban en la acera mojada de cierto barniz biscozo y negro; su alma lloraba infinita y profunda aflicción. Ella creyó que el corazón se encogía, se encogía bajo un peso muy grande, muy grande, y que la apretaban el cuello con un dogal invisible y cruel.

—¡Pobre Alonso! exclamó entre dos suspiros.

Llegaba al Colegio de San Carlos, de cuya puerta salía rumor de colmena agitada: dejó atrás esta puerta y por la de más abajo, entró en el Hospital general. El portero la detuvo y la dijo:

—¿No sabe Vd. que no se puede entrar hoy?

—No, balbuceó Clara con voz apenas inteligible. No vengo á ver á... Vengo á ver si... difunto...

—Pase á la oficina, le interrumpió el portero; diciendo despues: por el patio, á la derecha.

Estaba el patio encharcado, y los tiestos, sin plantas, amontonados en un rincón, como cuerpo sin alma. El edificio del Hospital general en esta parte, poco há derribada, era un dédalo de pasillos estrechos y húmedos que conducían á piezas destartadas, de luces escasas y paredes nitrosas. En la dirección, la principal sala de todas aquellas, había cuatro mesas, abrumadas por el peso de legajos y fajos de papel. Un mozallete, entre hombre y niño, con sus manguitos de sarga en ambos brazos y con un cigarro puro en la boca, estaba allí, sentado en un sillón, como único representante de la burocracia benéfica.

—¿Qué ocurre? dijo con mal humor, interrumpiendo la lectura de un periódico y arrojando dos espirales de humo por la nariz.

—Creo, dijo con firmeza Clara, que la familia de un enfermo que fallece aquí... puede recoger su cadáver y enterrarlo.

—Sí.

—Pues yo soy...

—¿Cómo se llamaba el enfermo? prosigió el doncel burócrata, como hombre acostumbrado á casos semejantes.

Y echó mano á un libro alfabético.

—Alonso Ponzano.

—A... Alonso... Murió el 13. ¡Ya está enterrado, señora!

—¿Ya?

—Sí; hace dos días que ha muerto, y para qué se iba á guardar aquí...

Clara vaciló; su mirada giró por la estancia como buscando un punto de apoyo para su persona. Se aproximó á la mesa, puso su mano, húmeda de sudor frío, sobre una carpeta en que había desparramados polvos de salvadera, algunos de los cuales se adhirieron á sus pulpejos.

—¿No ha dejado cartas ó papeles? preguntó.

—Veremos.

El escribiente consultó el libro y dijo:

—Sí; puede Vd. recoger los efectos que trajo el difunto. Suba Vd con este volante á la sala de Santa Casilda.

Maquinalmente obedeció Clara; sin darse cuenta de sí, subió al piso tercero, donde estaba la sala de Santa Casilda, y allí, previa presentación del volante, la entregaron un envoltorio muy sucio, dentro del cual había un par de viejos zapatos, un libro, un paquete de papeles y varias prendas de ropa. Un entorpecimiento singular se apoderó de su alma. No advertía qué pasaba á su alrededor, no sabía si era de día ó de noche, si estaba viva ó muerta. Las únicas sensaciones de su sér, eran el peso del lío de ropa en su brazo derecho y la aspereza de las arenillas de la salvadera adheridas á su mano izquierda. En este estado llegó á la calle de Embajadores, núm. 65, y subió á su casa. El llavín se le había dejado puesto por olvido al marcharse. Apretó el pestillo, y entró en su palacio de techumbre abohardillada. Un catre de tela, dos sillas bajas de anea, un espejo redondo, de los que lleva el soldado en su mochila, un cesto de costura y un estantito colgado de la pared con cuerdas, y en él algunos libros, componían el adorno de la pieza. Se dejó caer Clara en el lecho, y oprimió sobre su corazón el maloliente lío de guñapos. Dejó correr las lágrimas.

—¡Ya estoy sola, sola, sola!.. ¡Mi vida se acabó!.. ¡Alonso muerto y enterrado... Dios sabe dónde! No me he atrevido á preguntarlo, de miedo á saber que está en aquel pudridero de los pobres, peor que un perro... ¡Ay de mí!

Besó el lío de guñapos, hundió en él su rostro como en carne viva, sensual y adorada, embriagándose su nariz recta y aguda con el olor del tabaco que dominaba sobre el de láudano y el de aguardiente en aquellos pingos.

Despues se puso en pié, sacó de la faltriquera un papel que envolvía un poco de dinero y le tiró sobre la cama.

—¡Ibais á servir para enterrarlo! dijo con el acento con que hubiese dicho: «¡ibais á servir para enterrarme.»

Se quitó el manto, y debajo de sus negros pliegues apareció por completo la despeñada

cabeza, cuyo pelo escaso, negro y bronco, formaba un rodete de dos trenzas. La color de Clara era morena, con tal cuál peca en la nariz; sus labios, delgados y poco fáciles á la sonrisa, con cierta plegadura severa, más propia de la ancianidad que de la juventud. A pesar de esto, Clara Lafuente no habia cumplido aún los treinta años, bien que le faltara poco. La estatura alta, la delgadez suma, completaban un conjunto sin gracia ni belleza. Sólo las manos eran bonitas: gordezuelas y esbeltas, prometian engañosamente un buen brazo.

Deshizo Clara el lío de ropa, sacó cuidadosamente lo que contenía. Puso en el suelo los zapatos, en la cama unos pantalones, de modo que con sus canales tropezaron en los zapatos; y sobre los pantalones un chaquet. Quedó reconstituido allí el forro de un hombre. Clara le contempló con embeleso. Hasta sonrió, sí, sonrió; su ojo sano arrojó en un segundo mil chispazos de lumbre vívida, y la vacía órbita del ojo perdido tembló, como sintiendo no poder arrojar también, en haces de miradas amorosas, el sentimiento que embargaba el ánimo de Clara. Esta se sentó en una de sus dos sillas, se puso á contemplar el traje. ¡Buen espectáculo! Los zapatos estaban rojos de no tratarse con el betun, y tenían barro del diluvio universal. Los pantalones, que eran á cuadros negros y blancos, acababan en una sombra de tela, en un fleco recamado de lodo, en un desfilachamiento inverosímil; en las rodilleras un siete, y poco más arriba una mancha sebosa, de apoyar las manos en los muslos, postura de holgazan. Por los mismos trotes y malandanzas habia pasado el chaquet, y raída su trama, usado el galon de seda que pretendia adornarle, desgarrados los ojales y raidos los forros, lo que quedaba sin roto, las manchas lo cubrian: de modo, que allí las habia de tinta, de vino, de grasa, de tabaco húmedo, de agua y polvo. El chaquet habia muerto virgen de cepillo.

Clara sonrió, hemos dicho; pero aquella sonrisa fué breve, y luego volvieron las lágrimas; al fin su alma fué juguete de burla feroz de su pasión y de su duelo, y ora lloraba, ora interrumpia el lloro con una sonrisa, que parecia más natural en rostro de enajenada que en el de persona cuerda. Volvió á levantarse, cogió un cepillo y limpió guiñapo por guiñapo, y vació los bolsillos del chaquet, en cine habia un terron de azúcar, partículas de tabaco, un lapiz sin punta y con el cabo deshecho á mordiscos, una carta del gran poeta Perez de Haro recomendando á Alonso Ponzano al Ramon Ceñiz, director de la compañía del teatro del Príncipe.

Cuando acabó la limpieza, es decir, cuando hubo quitado al paño una mínima parte de su

suciedad, Clara sacó lo que quedaba en el pañuelo de yerbas en que todo habia sido envuelto. Desató el paquete de papeles, y se escaparon del atadizo más de cien hojas, de diferentes tamaños, unas rayadas y escritas cuidadosamente, la mayor parte con borrones y entre-renglonaduras: de todas las desdichas que pueden pasar á un escribiente, desde el volcarse el tintero en la pagina, hasta enredarse en una paja del papel un pinito de la pluma, disparando el otro menudas gotitas negras, todo le habia sucedido al autor de aquellos escritos.

Rápidamente los hojeó Clara. Puede acompañarle en su lectura quien se tome el trabajo de seguir la nuestra.

J. Ortega Munilla.

UN CUENTO EN UNA CARTA.

Querida Julia:

Ya que tanto te interesas por mí, voy á confesártelo todo abriéndote mi corazón; que si la espontaneidad y la franqueza hacen á la amistad más firme, en cambio con la excesiva reserva se debilita y aminora.

Lo que temes es cierto: no soy feliz. Nuestra brillante posición, nuestra riqueza, la paz que se disfruta en mi casa y el afecto entrañable que hijos y padres nos tenemos, devolviéndonos el cariño, multiplicándolo como los espejos se vuelven las imágenes, no bastan á disipar la tristeza que se ha apoderado de mi alma.

Sabes que nuestra fortuna es muy reciente, casi de ayer. ¿Te acuerdas cuántas veces tu generosidad vino en socorro de mis necesidades? Tal vez lo olvides como toda alma grande olvida los beneficios que dispensa; yo recordaré siempre tus favores, que si quien hace el bien no há menester guardarlo en la memoria, quien lo recibe debe grabarlo en su alma.

Vivíamos pobres, pero contentos, sostenidos por una resignación muy parecida á la esperanza, cuando de pronto nuestra suerte varió, y aquella estrechez, casi rayana en la necesidad, vino á trocarse de repente en una riqueza que toca en la opulencia.

Hace cuatro años, durante el invierno, sufrió mi marido un fuerte ataque de reuma, y los médicos le aconsejaron que tomase los baños de X... en la primavera próxima si quería precaver los efectos del mal para el año inmediato; por cierto que tú me prestaste los cuatro mil reales que nos hicieron falta. Desde aquel viaje data nuestra riqueza. Juan se encontró allí con un antiguo amigo y discípulo suyo, que se llamaba Mateo Resmilla, po-

bre y desgraciadísimo cuando fueron juntos estudiantes; pero á la sazón muy rico y tan feliz como se lo permitían los tenaces dolores que le hablan llevado á la misma casa de baños que á mi Juan.

Era el Mateo Resmilla un hombre moreno, pequeño, grueso, coloradote, pesado, de movimientos tardos, de cuello corto, con una gran predisposición á dormirse en cualquier postura, fácilmente irritable y con todos los caracteres de un temperamento marcadamente sanguíneo, de esos que parecen á todas horas amenazados de una congestión cerebral. Recordaron al verse los días de su juventud, las mañanas en que iban juntos á la Universidad, los apuros en vísperas de exámen, la mala cama y peor comida que la patrona les daba, los aprietos en que les ponía su falta de dinero, y aún tengo para mí que recordarian también algo de esas aventuras que todos los hombres han tenido de muchachos y que rara vez llegamos á saber nosotras. Durante aquellos pocos días, su amistad se reanudó tan sólidamente, que á las preguntas indiferentes sucedieron las inspiradas por el cariño verdadero, y entonces supieron ambos que su posición era completamente distinta. Mi Juan estaba pobre: para él y su familia sólo contaba con los doce mil reales del destino á que hizo oposición cuando acabó la carrera: en cambio Resmilla, que fué á Cuba desesperado, habia hecho una gran fortuna.

Empezó por lo que comienzan muchos de los que allá van sin más recurso que su voluntad ni más apoyo que su propia energía, es decir, por barrer una tienda en la que entró de criado, de la cual fué luego dependiente, en la que figuró despues como socio y de la que al fin llegó á ser dueño, convirtiéndose en opulenta casa de banca el miserable tenducho á cuya puerta llamó desamparado y miserable. Todo esto se lo explicó Resmilla con muchos detalles á Juan; pero no le dijo la cantidad á que ascendia su capital, ni era tampoco fácil suponerla, porque vivía modestamente: su único lujo consistía en fumar tabacos exquisitos y llevar en el dedo meñique de la mano izquierda un brillante magnífico.

Terminados los baños al cabo de nueve días, resolvieron volver juntos á Madrid, y para viajar cómodamente, tomaron ellos dos los tres asientos de la berlina de la diligencia que habia de llevarles desde el pueblo hasta la estación más próxima del camino de hierro.

Eran ya los últimos días de Mayo; hacia mucho calor; el coche iba despacio envuelto en una nube de polvo y moscas; el sol caía de plano sobre los campos abrasados; no se movía un pelo de aire y los árboles secos que de trecho en trecho se veían en las laderas del ca-

mino, dejaban caer las ramas lacias, sedientas y cubiertas de un velo polvoriento y sucio. A medida que pasaban las horas arreciaba el calor, un calor sofocante, intenso, que caldeaba la caja del coche, hacia sudar copiosamente á las pobres mulas que lo arrastraban á fuerza de latigazos, y arrancaba de cuando en cuando frases de mal humor y de impaciencia á los dos infelices viajeros. Mi marido, en apariencia más endeble, pero en realidad más fuerte que Resmilla, soportaba aquellas molestias, pero Resmilla comenzó á sentirse mal, sufrió un mareo, le dieron dos ó tres vahídos pasajeros y concluyó por perder el sentido, alarmando á Juan que procuraba inútilmente hacerle volver en sí.

Al caer la tarde, llegó la diligencia á un pueblo de no escaso vecindario, donde habian de cenar los viajeros y mudar el tiro los zagales para continuar el viaje; pero Juan, viendo el mal estado de Resmilla, ni quiso aceptar la responsabilidad de meter a su amigo en el coche, tal como se encontraba, ni pudo abandonar solo y entre gentes extrañas. Mandó, por tanto, bajar los equipajes de la vaca, pidió un cuarto con dos camas, acostó al enfermo con ayuda de un criado, y se preparó á pasar la noche en aquella mala posada, disponiendo antes que llamasen al médico.

Cuando éste llegó, Resmilla habia recobrado el sentido.

—No te alarmes, le dijo Juan, esto no es nada. Nos hemos embaulado en ese maldito coche enseguida de almorzar, te has mareado, has hecho mala digestion... En fin, esto no es nada. Nos iremos por la diligencia de mañana.

El médico examinó cuidadosamente á Resmilla, escribió una receta, ordenó que le dieran poca conversacion, y salió del cuarto haciendo una seña á Juan para que le siguiese.

Fuera ya de aquel aposento, le habló así:

—¿Es Vd. pariente de ese caballero?

—No señor: soy solamente su amigo; pero no he creído conveniente dejarle aquí solo y en ese estado.

—Pues ha hecho Vd. perfectamente, porque ese señor está muy grave. Eso que Vd. ve es ni más ni ménos que una congestión cerebral de las que vienen espada en mano, y contra las cuales nada podemos. Si tiene familia, avísela Vd.; si es creyente, dígame Vd. que se prepare, porque esto va muy deprisa. Y como no sea para cosa grave, que no le hablen: el cura, el escribano y Vd... pero poca, poca conversacion.

Figúrate cómo se quedaria Juan. No tuvo otra cosa que hacer, sino lo que era forzoso. Dudó mucho antes de decidirse; pero ¿quién acepta la responsabilidad de dejar morir así á un hombre, sin prevenirle del riesgo que

corre, sin pensar en que puede tener familia á quien desear ver, ó graves asuntos que arreglar? Juan mandó llamar al alcalde que estaba en un café inmediato jugando al dominó, habló con él unos instantes, teniendo la dicha de tropezar con un hombre listo, y aprovechando luego un momento de lucidez en que Resmilla era dueño de todas sus facultades, entró á verle.

—Creía que dormías, y por eso no entraba.

—Me siento mal, muy mal: ven, te quiero hablar; más cerca. Esto se acabó. Hace dos años tuve otro ataque, y me dijeron, ó mejor dicho, yo averigüé que los médicos afirmaron que si se repetía... en fin, que yo conozco que me muero. Haz que vengan un escribano y testigos.

Salió Juan del cuarto, no sin haber procurado calmar á su infeliz amigo, mandóse venir á un escribano, entraron como testigos el alcalde con un hermano suyo, y un momento despues Resmilla dictó su testamento con voz clara, en términos breves, y lo firmó sin que la mano le temblara.

Pero tú figúrate cuál seria la sorpresa de Juan, cuando al hacer la institucion de heredero, Resmilla declaró que no tenia familia y que dejaba toda su fortuna, de cerca de un millon de duros, á su amigo D. Juan de Alerce. ¡A mi marido!

En vano Juan, asombrado de lo que oía, quiso contradecirle, preguntarle si no tenia otros deberes que cumplir ó instrucciones que darle: Resmilla se ratificó en lo dicho, rozó al alcalde que se aproximara á la cama, repitió clara y terminantemente su voluntad, aseguró que no tenia familia, y añadió por último:

—Que me entierren modestamente, y tú, Juan, haz construir en mi pueblo una escuela; dinero te queda para eso y mucho más.

Dos horas despues, Resmilla era cadáver y nosotros éramos ricos. A los tres días, Juan salía para Madrid: á los cuatro meses estábamos en posesion de la fortuna de aquel hombre, que por tan extraño modo nos habia hecho poderosos.

¡Qué cambio se operó en nuestra casa y áun en nosotros mismos! Juan hizo dimision del destino; alquilamos un cuarto mucho mejor que el que teníamos; sustituimos el mobiliario viejo, reunido poco á poco, por uno en cargado de pronto y pagado en el acto; nos abonamos á la ópera; me hice trajes magníficos; tomé un aya francesa á los chicos; variaron radicalmente nuestros gustos; casi se torcieron nuestras inclinaciones, como si al contacto del oro, que los disculpa, pudieran desplegarse los defectos... pero seguimos queriéndonos y estimándonos cual si fuéramos pobres. Estoy segura de que ni Juan gasta un

duro cuyo empleo yo no conozca, ni yo doy un paso que él no pueda saber.

Y sin embargo, me falta aquella dicha tranquila y reposada de los tiempos pasados: desde hace algunos meses bulle en lo hondo de mi corazon una pena como una burbuja de aire en el fondo de un vaso: no es suficiente para agitarlo y basta para conmoverlo...

Ya sabes que mi padre tuvo la manía de los pergaminos y blasones: por eso cuando me casé me dió, entre otras muchas cosas, dos cuadritos pequeños en que él mismo habia dibujado nuestro escudo, un jeroglífico muy raro, que sólo él sabia descifrar, en el cual se veian dos pajarracos estupendos, una maza que parecia una badila, dos calderos y un perro. Pues bien; hace poco mi marido quiso arreglar un salon, vino un tapicero á casa, tomó medidas, echó líneas, trazó proyectos y por último, nos preguntó que cómo deseábamos los cortinajes, aconsejándonos que los hiciésemos muy anchos, de felpa roja y con nuestro escudo sobrepuesto, bordado con sedas, en el centro. Ya le iba yo á contestar que no teníamos escudo, cuando Juan le repuso:

—Bueno; venga Vd. dentro de unos días y le daremos el dibujo.

Mi marido se habia acordado de los dos cuadritos que me dió mi padre cuando nos casamos.

Efectivamente, y como yo sospechaba, apenas se fué el tapicero, Juan me preguntó por los dos escudos para escoger el que *hiciera mejor*.

—Están en la boardilla, le contesté.

—Pues mándalos bajar.

Di á un criado la órden, pero no supo hallarlos, confié el encargo á mi doncella, que tampoco dió con ellos, y por último, me decidí á subir á buscarlos yo misma, pues aunque la pretension de Juan me parecia ridícula y el viaje á la boardilla me hacia muy poca gracia, con todo transigia antes que con tener un disgusto con tan trivial motivo.

A la mañana siguiente subí al desvan, donde por cierto no habia estado desde que nos mudamos de casa, y donde, además de nuestros trastos viejos, se habían hacinado tambien algunos muebles en mal uso de los que tuvo en su cuarto de una casa de huéspedes nuestro infortunado Resmilla. Dos horas largas me pasé buscando los escudos de mi nobleza: por fin los encontré en un rincon con los marcos deshechos, los cristales rotos y el color comido por el tiempo.

Iba ya á salir de aquel desvan oscuro y sucio, cuando hácia un extremo vi colocados, sin órden ni concierto, los muebles del pobre Resmilla: una taquilla desvencijada con los cajoncillos volcados sobre un seron de esparto;

una butaca coja con el respaldo grasiento y el cuero despellejado por las uñas de los gatos; un armario de pino pintado y un veladorcito de caoba deslucida, lleno de manchas de tinta, sobre las cuales resaltaban unas cuantas gotas de esperma. ¡Qué muebles tan viejos y tan sucios! ¡Qué emoción tan dulce y tan intensa! Nadie podrá explicar cómo brotó la sensación que experimenté. Nadie sabrá decirme por qué modo misterioso aquellas maderas apolilladas y mugrientas despertaron en mi alma un sentimiento tan poderoso y tan profundo. Los ojos se me arrasaron de lágrimas y dejé caer al suelo los dos cuadritos de los escudos.

Volví para salir de allí y ya iba á meter las llaves en la cerradura, cuando vuelto contra el muro, ví un cuadro que por su forma y su tamaño me era desconocido. Pensé que sería también de Resmilla y acercándome á él logré, aunque pesaba mucho, darlo vuelta y ponerlo de frente hácia la poca luz que entraba por un ventanuco estrecho cubierto por una cortinilla natural de polvo y telarañas. Era un retrato de hombre jóven, moreno, pequeño, grueso, coloradote y corto de cuello ..

Me figuré quién era, pero no me satisfacía la sospecha: aquella misma tarde pregunté á Juan:

—¿De quién es un retrato de Hombre que hay en la boardilla y que yo no conozco?

—¿Uno rechoncho, muy encendido de color, ordinario y corto de pescuezo?

—Sí; ese.

—Pues ¡toma! Ese es el retrato de Resmilla.

.....
Sí, Julia, sí; era el hombre á quien debemos nuestra fortuna; el que aseguró el porvenir de nuestros hijos; el que convirtió en personaje al empleadillo de doce mil reales; el que cubrió de brillantes mis dedos ennegrecidos por las picaduras de la aguja: aquella imagen, por ridícula que fuese, debía ser sagrada para nosotros y estar en el mejor salon de nuestra casa, en el mismo salon donde Juan quiso poner, y al fin puso, los escudos de mi padre.

Te confieso que desde entonces, sin haber dejado de querer á Juan, le estimo ménos porque es de los que ignoran que hay en el mundo algo más hermoso que hacer bien; agradecerlo. Adios

Tuya siempre, X...

Por la copia,
Jacinto Octavio Picón.

LAS CIENCIAS INDUCTIVAS.

Todas las ciencias en su comienzo se hallan constituidas por hechos al parecer arbitrarios

y caprichosos sin conexión ni enlace entre sí, ni ley que los rija. Asunto bien fácil es el buscar ejemplos que confirmen esto. Se descubrieron en el seno de la tierra cuerpos de formas geométricas y regulares, y se consideraron como juegos ó caprichos de la Naturaleza: idéntica explicación se daba de los fenómenos meteorológicos, de las criaturas monstruosas y del desarrollo de las enfermedades. Sin remontarnos á siglos anteriores, tenemos la ciencia más moderna en el orden de las naturales, la Química, que descansa sobre la afinidad, considerando esta supuesta fuerza como una simpatía ó antipatía que se desarrolla entre los cuerpos al ponerse en contacto, sin que hasta al presente se hayan medido sus efectos ni calculado sus equivalencias, de tal modo, que la Química parece hoy la ciencia de las pasiones moleculares, desarrollada en una serie de idilios y dramas, en los que son personajes los átomos.

El progreso de las ciencias se encarga de ir borrando estas arbitrariedades, levantando del fondo mismo de estos hechos, al parecer inconexos, la ley fatal y rigurosa que á todos envuelve, pudiendo afirmar con un ilustre pensador, que el azar es la ignorancia. Y no se diga que es esto una utopía moderna, hija de los espíritus trabajados por el prurito de la originalidad; todos los pensadores de alguna exigencia lo han afirmado así, aunque careciendo de conocimientos positivos, sus afirmaciones no tenían otro valor que el de inspiración ó presentimiento genial.

Ya Pitágoras hablaba del ritmo y armonía de las esferas, afirmando de una manera absoluta que *los números rigen el mundo*. Platon, interrogado acerca de la ocupación de la divinidad, contestó que *geometriza continuamente*, indicando con esto que todos los fenómenos de la realidad obedecen á leyes tan rigurosas como los teoremas geométricos y el mismo texto bíblico confirma este aserto con la tan conocida frase que *todo está dispuesto conforme á peso y medida*.

A pesar de esto, hay ciencias en las que no sólo no se han formulado leyes, sino que se niega rotundamente la posibilidad de formularlas jamás, entre las que figuran las biológicas, psíquicas, sociales, etc.

Fácil tarea sería demostrar, recorriendo todas las ciencias, que la ley es factor comun de la realidad entera, y por ende que su conocimiento perfecto sería aquel en que todo su contenido se condensase en vigorosas y sencillas leyes; pero por ahora nos limitaremos á mostrar la evolución de las matemáticas y la Física en este sentido.

El desarrollo de una ciencia está en razón directa de la simplicidad de su objeto, lo cual

es perfectamente lógico, pues en el caso contrario, siendo necesarias muchas fuentes de conocimiento, mientras éstas no se conozcan no podrá brillar aquella en todo su esplendor. A la manera que no surge una especie orgánica mientras no existen sus condiciones de vida de las cuales á su vez es consecuencia, tampoco se forma una ciencia sin las que le son preliminares engendrándose en ellas como el compuesto en los componentes.

Tratando Delbeuf de esta cuestión señala cinco períodos comunes al desarrollo de todas las ciencias en los que conviene fijar la atención, porque constituyen una de las bases fundamentales sobre que descansan el sentido y plan relativos á nuestro asunto.

1.º De *observacion* en el cual la ciencia está constituida exclusivamente por hechos (ciencias biológicas). 2.º De *generalizacion* cuando los hechos están resumidos en leyes empíricas no compenetradas por el elemento racional (Geología, Química). 3.º De *simbolizacion* aquel en que además de leyes empíricas como simple enunciation de hechos constantes se aplica el algoritmo como medio de unificación (Física en general). 4.º De *verificacion* cuando el algoritmo no sólo representa y explica todos los fenómenos conocidos, sino que razonando sobre él, predice los desconocidos (Mecánica celeste, óptica matemática). 5.º De *consagracion* en el cual la ciencia pierde por completo su parte experimental siendo tan perfecto su estado que el pensamiento cree poseer sus moldes para construirla solo por el razonamiento (Mecánica, Geometría, Álgebra).

Desde este punto de vista las ciencias difieren entre sí más que por su contenido por su grado de desarrollo.

Sin duda aparecerá algo extraña é infundada la fijacion de períodos idénticos para todas las ciencias, sobre todo en los términos extremos. Dado el estado actual de nuestros conocimientos ¿cómo admitir una fase experimental en las Matemáticas y una exclusivamente racional como porvenir de las ciencias biológicas? Dicitiremos esta trascendental cuestión tratando de cada ciencia en particular.

Yo entiendo que las Matemáticas tuvieron su primer período de observacion desconocido por completo en la historia de estas ciencias no sólo por su antigüedad sino por el profundo desden con que injustamente se ha mirado despues de su nuevo rumbo. Antes de la demostracion racional del valor de la suma de los tres ángulos de un triángulo, debió observarse como creciendo uno decrecen los otros, sospechando así la constancia en el valor de la suma hasta que por último se determinó

ésta. Los primeros conocimientos del niño en esta ciencia son tan sólo de observacion mientras que su desarrollo no le permite elevarse á la formacion de conceptos abstractos, y si la historia del individuo es resumen y compendio de la Historia de la humanidad, ésta debió seguir el mismo sendero.

Sin tomar en cuenta estas pruebas indirectas, el estado actual de las Matemáticas de muestra lo mismo. Toda la teoría combinatoria no posee otro género de demostraciones, que inductivas y los teoremas relativos á áreas y volúmenes son del mismo valor, derivando las primeras de la del rectángulo y los segundos del paralelepípedo, teoremas perfectamente experimentales.

Pero ocurrió en el desarrollo de estas ciencias que considerando de mayor importancia la demostracion racional que la empírica concuriendo ambas á un mismo fin, se desechó ésta como supérflua conservando tan sólo la primera. Este exclusivismo no deja de perjudicarla en alto grado; se mueve en un círculo muy estrecho por falta de nuevos principios que sólo de la realidad pueden surgir, porque si el análisis matemático es incomparable para sacar todas las consecuencias posibles de un principio, es incapaz de hallar otros nuevos.

*
* *

Debemos examinar ahora la ciencia cuya constitucion tenga un adelanto inmediatamente inferior á las Matemáticas. Esta ciencia es la Física que entre todas las naturales es aquella cuyo algoritmo alcanza mayor desarrollo.

Y entiéndase que no empleamos el calificativo de ciencias naturales en el sentido estricto que hoy se acostumbra, sino en el más amplio de ciencias de la Naturaleza, incluyendo entre ellas la Física y la Química.

La historia de la Física nos es perfectamente conocida. Aunque en todas las épocas se lia tenido algun conocimiento de ella, no se elevó á la categoría de ciencia sustantiva é independiente con forma sistemática, hasta los tiempos posteriores al Renacimiento. Su primer período, dentro de esta nueva fase, confirma de lleno las ideas de Delbeuf, con numerosos hechos recogidos por la observacion y la experiencia; y si con algun detenimiento reflexionamos acerca de la naturaleza de la experimentacion, vemos que se reduce en último término á *medir*. Midiendo se establecieron las leyes de la gravedad y de las oscilaciones del péndulo; medir es averiguar pesos específicos y coeficientes de dilatacion e índices de refraccion y poderes absorbentes ó emisivos; medir es conocer la intensidad de las

atracciones y repulsiones ejercidas por los imanes ó los cuerpos electrizados; en suma, toda experimentacion física se reduce á una medida, y por consiguiente su resultado en la más sencilla expresion, se representa por un número. Como toda medida es siempre un dato relativo, será indispensable, para verificarla, la fijacion de unidad, y como es lógico, será tanto más importante su resultado, cuanto más intrínseca sea esta unidad, en funcion de la cual ha de expresarse. Así los más notables adelantos en la teoría del calor, arrancan de la época en que se abandonó la unidad, tan superficial y externa al fenómeno, como el grado termométrico, para sustituirla por la *caloria* que arranca de las entrañas mismas del fenómeno térmico.

Por la solidaridad que caracteriza á la Naturaleza en todas sus obras, en cuya virtud toda entera está empeñada en el fenómeno más insignificante, todo hecho es concomitante de otros muchos cuya influencia recibe, y como el estudio, para que conduzca á resultados positivos, ha de ser analítico, de aquí que una de las cuestiones más interesantes sea la *eleccion de variables*. Esta cuestion es de suma importancia en todas las ciencias: resultando todo fenómeno de la coexistencia de varios hechos correlativos, para evidenciar la relacion de estos, debe representarse cada uno en su cantidad propia por una variable especial, y conseguido esto, ya tenemos todo lo necesario para conocerle, á la manera que el planteamiento de las ecuaciones en Algebra, resultado de establecer relaciones entre todas sus cantidades, es el paso más importante y de mayor trascendencia para conocer el valor de las incógnitas.

Los experimentadores de más nota, Regnault, por ejemplo, se distinguen por tomar en cuenta el mayor número de circunstancias posibles. rectificando así resultados anteriores, erróneos por ser incompleta su determinacion; y á la vez que descartan de la complejidad del fenómeno todas sus concausas, puede conocerse éste en su evolucion serial, descubriendo así el origen de sus supuestas perturbaciones.

Procediendo de esta manera la Física llamada experimental, se transformó gradualmente hasta convertirse hoy en Física matemática; y así como en Geometría analítica cada figura geométrica representa una ecuacion, lo mismo cada fenómeno físico representa tambien una ecuacion más ó ménos compleja, y cada rama de esta ciencia un sistema completo de ecuaciones, siendo la expresion algorítmica la que representa el estado perfecto del conocimiento en esta rama del saber. Compárense si no los antiguos tratados de Física (como el

del abate Nollet), reducidos á un pesado cronicon de experimentos expuestos sin orden ni sistema, con los tratados modernos en los que la parte experimental está reducida á su más mínima expresion, teniendo en cambio un desarrollo tan exuberante el cálculo, que ocupa casi todas sus páginas y merced al cual se deducen por puro razonamiento todos los fenómenos pertenecientes á un proceso determinado, formando así cuerpo de doctrina con verdadera unidad orgánica, como lo es toda obra racional.

En todas las ramas de la Física la más atrasada en este respecto, es la Electricidad, cuyo atraso depende principalmente de no haberse fijado la verdadera unidad de los fenómenos eléctricos, ni medido la equivalencia de éstos en trabajo mecánico. La Electricidad se encuentra hoy en circunstancias más difíciles que se encontraba el calor antes de fijar la caloria, porque, aunque el grado termométrico, segun dijimos anteriormente, era una unidad muy externa al fenómeno térmico, siquiera se expresaba en medidas longitudinales, mientras que los grados del galvanómetro expresados en medidas circulares, tienen el inconveniente de que, por cima de valer tan poco para este caso como los del termómetro, es menester para su perfecta determinacion valerse de senos y tangentes, que además constituyen una medida indirecta.

El verdadero progreso de esta rama de la Física arrancará del conocimiento de la *electricidad*, representando ésta una cantidad de energia eléctrica en sí expresada, por la cantidad equivalente de trabajo mecánico. Todos los trabajos hechos en este sentido se han referido especialmente al trabajo químico; pero este es un dato muy complejo para llegar á la solucion apetecida.

Más adelantadas se encuentran las otras partes de esta ciencia. La teoría mecánica del calor, partiendo de los notabilísimos trabajos de Mayer, que, con la intuicion del génio, inició esta fecunda doctrina, y posteriormente de Oerdet, Hirn y otros, alcanza tal perfeccion que todos los hechos confirman los cálculos que le sirven de fundamento, y si bien tiene algunos vacíos como la teoría mecánica de los gases, sin embargo, éstos no se oponen, sino que no se explican, por deficiencia de conocimiento quizá. Más completas se encuentran la Optica, y la Acústica, eu las que no sólo los fenómenos están comprendidos en leyes generales, formuladas por induccion primero; sino que por una más alta generalizacion se redujeron á principios fundamentales de tanto valor, que por puro razonamiento se llegó á la deduccion de muchos fenómenos no conocidos, y que la experiencia demostró más tarde.

Pero la que se ha desarrollado con una pujanza superior á todas ellas, ha sido la Mecánica, que, desde sus primeros pasos, abandonó el carácter experimental cambiándolo por el matemático, y ha progresado tanto en este sentido que al presente es una ciencia pura y exclusivamente racional en grado tan perfecto que, mientras en las otras ciencias el algoritmo, en su mayor parte, no tiene más valor que el de mero símbolo, que reduce á brevísima fórmula sus proposiciones generales, dejando siempre á descubierto la huella del teorema matemático de donde toma su origen, debiendo considerarse más bien como una aplicación del Algebra á las respectivas ciencias, la Mecánica es una ciencia perfectamente matemática con principios propios é independientes, y compenetrada de lleno tambien por su propio algoritmo. Véase cualquier teorema de mecánica; no hay ninguno en Algebra ni en Geometría al cual pueda referirse, á la inversa de lo que sucede en las otras ciencias. Adquirió este carácter la Mecánica idealizando su contenido hasta quedarse con conceptos racionales, como son Espacio, Tiempo y Movimiento, que es una síntesis de espacio y tiempo, con lo cual adquirió tal desarrollo que, dados sus elementos, puede el hombre construirla por sí, apoyándose, no más, en las leyes del pensamiento. Y no sólo es inmenso el valor intrínseco de esta ciencia, sino inmensa su trascendencia, que da la norma conforme á la cual se constituye toda la Física, que en último término se reduce tambien á Mecánica.

Todos los trabajos indagatorios que al presente se verifican en esta ciencia, se encaminan de una manera más ó menos directa á demostrar el gran principio de la unidad de los procesos naturales y su trasformacion recíproca. Tyndall, Verdet, Grove, Hirn y todos los eminentes físicos contemporáneos han desplegado su actividad en elevar de la categoría de hipótesis á la de principio comprobado, racional y experimentalmente, la sublime teoría de que toda la actividad de la Naturaleza se reduce á movimientos de masa, ó mecánicos y moleculares, ó íntimos, siendo el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo meras modalidades de estos últimos, cuya mútua convertibilidad, tanto de éstos entre sí, como de todos ellos en trabajo mecánico, es un hecho demostrado ya en toda su evidencia. La termodinámica ha sido el paso de mayor trascendencia dado en estos tiempos para la constitucion racional de las ciencias físicas, demostrando el fundamental principio de la persistencia de la fuerza y la conservacion de la energía, principio que ha trascendido ya á todas las ciencias incluso las sociales, y cuyas

consecuencias, si bien se presienten en parte no se alcanzan todavía.

En virtud de esta nueva tendencia de la Física, toda ella se va convirtiendo en mecánica racional de tal modo, que podemos esperar un período en el que se reduzca todo su contenido á determinar movimientos, llegando hasta la determinacion mecánica de todos los fenómenos cósmicos, confirmándose así el lema de Gandin, que dice: «los movimientos de un solo átomo sobre nuestra tierra, son la resultante matemática de todas las ondulaciones etéreas que á él llegan con el tiempo desde los abismos del espacio infinito.»

José R. Carracido.

VELOCIDAD DE LA TRANSMISIÓN NERVIOSA.

No vamos á tocar ni aun incidentalmente la eterna cuestión de la unidad ó dualidad del sér humano, y lo declaramos así, en primer lugar, porque no es nuestro propósito examinar las razones que en defensa de ambas teorías alegan sus respectivos partidarios, y además porque, ora se admita ó se rechace la existencia del espíritu como algo sustantivo é independiente del organismo, el asunto que vamos á tratar es meramente biológico y en nada sirve para dar razón á nadie de si el hecho de conciencia es ó no acto vital. Los fenómenos psíquicos se dan en función de la vida, y sólo bajo este concepto puede estudiarlos la biología, absteniéndose de emitir dictámen sobre la esencia íntima de la actividad anímica. Hecha esta necesaria salvedad sobre el alcance de la materia objeto del presente artículo, vamos á referir la historia y el estado actual de los estudios respecto á la velocidad de la transmision nerviosa en los actos volitivos del hombre, importante capítulo de la moderna psico-física.

Las investigaciones sobre los actos psíquicos, bajo su aspecto puramente biológico, esto es, en función del sistema nervioso, datan de 1850, en cuyo año y en el de 1852 publicó Helmholtz sus trabajos en los *Archivos de Müller*, importantísima revista alemana de fisiología. Este ilustre sabio hizo la siguiente experiencia: excitó un punto determinado de un nervio motor, observando el tiempo transcurrido entre el momento de la excitación y el momento de la contracción muscular; luego excitó otro punto del nervio más distante que el primero de su origen central, observando asimismo el tiempo transcurrido entre la excitación y la contracción, advirtiendo que este segundo tiempo era mayor que el primero. Conociendo, pues, la diferencia entre ambas

cantidades, y la longitud del nervio entre los dos puntos excitados, pudo inmediatamente apreciar la velocidad del movimiento nervioso, según el espacio recorrido en la unidad de tiempo, hallándola en la rana de 26 á 27 metros por segundo, incomparablemente más lenta que la de la luz, la electricidad y el sonido, con las cuales se la había querido comparar *à priori*.

Aquí lo importante era medir con exactitud el tiempo, para lo cual se ofrecían dos medios: 1.º el galvanómetro; y 2.º las placas y cilindros registradores (método gráfico). El cronoscopio de Ponillet es un galvanómetro, cuya corriente es interrumpida por la misma contracción muscular; la desviación de la aguja imantada indica el tiempo que ha estado circulando la corriente galvánica, pudiéndose medir de esta manera hasta milésimas de segundo. Llega más tarde la contracción si se excita el nervio que cuando se excita el músculo directamente, y la diferencia es la velocidad de transmisión del agente nervioso; habiendo de tenerse en cuenta que las fibras musculares no obedecen en el acto á la electricidad, que la contracción no sigue á la sacudida eléctrica hasta después de una centésima de segundo (tiempo de excitación latente). El procedimiento es sencillo y seguro; pero como lo mejor es enemigo de lo bueno, el método gráfico se usa en los laboratorios con mucha más frecuencia que el galvanómetro.

El método gráfico se funda en el empleo de placas ó cilindros, dotados de un movimiento uniforme, cuya velocidad se conoce, y revestidos de un papel blanco ó ahumado, en el cual un pincel ó un estilete, unido á un órgano donde se ejecuta un movimiento, deja trazada una línea más ó menos curva ó llena de sinuosidades.

Por este método, la palanca unida al músculo que se ha de contraer, y provista de un estilete, se aplica á un aparato registrador con una disposición particular que marca el instante de la excitación; desde él hasta el de la contracción, la línea trazada es recta; al contraerse el músculo señala una curva, en la cual se ve que la máxima tensión del músculo se verifica cinco centésimas de segundo después de iniciada la contracción. Aquí la dificultad estaba en medir con exactitud el tiempo correspondiente á los distintos momentos de la curva, resolviéndola Helmholtz por medio del relé de segundos para ver cuánto dura la rotación del cilindro, y poder medir luego las distintas partes de la línea trazada en el papel y hallar su relación con el tiempo. Pero este recurso era poco exacto, y Marey lo suplió con inmensas ventajas por un diapason de 500 vibraciones simples por segundo, las cuales se

inscriben por sí mismas en el cilindro registrador sobre la misma hoja de papel que la línea antedicha y simultáneamente con ésta. Bajando ordenadas que abracen las distintas porciones de la línea que se estudia, y prolongándolas hasta encontrar la de las vibraciones del diapason, se pueden leer velocidades hasta de 10 á 20 metros por segundo. Así se ha comprobado que la velocidad del movimiento nervioso no es constante en todo el trayecto de un nervio, aumentando en los motores hacia la inserción del músculo, y que dicha velocidad disminuye al atravesarle una corriente eléctrica y crece con la temperatura.

Quizá hayan podido parecer impertinentes al asunto estos ligeros datos que anteceden; pero eran necesarios como precedentes históricos, y además por referirse á la transmisión del movimiento nervioso, cuya velocidad hemos de ver variar bajo el poder de la voluntad y de la reflexión. En cierto modo hemos estudiado la *constante* del problema, antes de calcular las *variables*.

Vamos á referir algunas de las experiencias hechas en el hombre por Hirsch, Schelske, Donders, Jaeger y Bloch para deducir la velocidad de la voluntad y el retardo de la reflexión, experiencias notabilísimas en que se han fundado varios aparatos ingeniosos, como el *miocronópoco* de Czermak (para demostrar que es necesario cierto tiempo para la transmisión nerviosa), el *nematacómetro* de Donders (destinado á investigar el tiempo mínimo necesario para una idea simple) y el *nematacógrafo* del mismo autor (cuyo objeto es determinar cuánto duran operaciones más ó menos complejas del espíritu). Solamente lo grandioso del intento merece la pena de exponer cuáles son los trabajos en que se basa.

Hirsch, director del Observatorio de Neufchatel, en 1861, hizo el siguiente experimento: por una corriente eléctrica produjo dolor en un punto de la piel, marcando en un cilindro rotador cronoscopio; al sentirlo, tocó una palanca-llave de Du Bois-Reymond para interrumpir la corriente, marcando nuevamente en el cilindro; midió el intervalo entre ambas señales y el tiempo transcurrido, siendo éste de uno á dos décimos de segundo. Durante él se han realizado los siguientes actos: transmisión de la impresión exterior al cerebro, percepción de ella, reflexión, transmisión de la voluntad hasta los dedos y contracción muscular para tocar la llave que ha de cortar la corriente.

Si se produce la excitación sucesivamente en dos puntos diversos, el retardo es siempre el mismo, siendo sólo distinto el tiempo empleado en la transmisión de las sensaciones. Un ejemplo hará comprender esto mejor. Con una pinza de una bobina de inducción se pro-

duce dolor primero en un punto de la mejilla izquierda, después en el extremo del dedo medio de la mano del mismo lado, y por último en la punta del dedo gordo del pie izquierdo, anotando en los tres casos el momento preciso del contacto de la pinza y tocando siempre el sugeto observado con la mano derecha en el momento de sentir el dolor una llave eléctrica, que marca una señal en el cilindro receptor, al par que en éste anota sus vibraciones el diapason antedicho. El tiempo gastado en la transmisión de estas excitaciones hasta la mano derecha, por el intermedio del centro encefálico, es de 11 centésimas de segundo desde la mejilla, 14 desde la mano y 17 desde el pie, siendo por consiguiente los retardos de tres centésimas de segundo para que la sensación suba de la mano izquierda á la cabeza y seis desde el pie del mismo lado. La corriente nerviosa franquea dos metros en seis centésimas de segundo, ó lo que es lo mismo, 34 metros por igual unidad de tiempo.

Según las experiencias de Schelske, en el observatorio de Utrecht, la velocidad nerviosa de la voluntad es tan solo de 29^m, 5; de 33^m en los nervios motores y 30 en los sensitivos, según Marey. Otros observadores dan distintas cifras (Richet, 50; Helmholtz, 60; Kohrausch, 94; y Bloch, 132). Pero esta divergencia es hija de la diferente *ecuación personal* del observador, cuyo error se va corrigiendo con la práctica de las observaciones, como saben muy bien los astrónomos; y sobre todo, áun discutiendo el más ó ménos, no puede negarse que en la primera mitad de este siglo nadie sospechaba ni siquiera el simple planteamiento de estas cuestiones: ¿Obedece la transmisión de las sensaciones y de la voluntad á las leyes de tiempo y espacio, como toda forma de movimiento? ¿Cuál es su velocidad?

Se ha visto que ésta es relativamente pequeña. La mano que lanza una piedra hiende el aire á razón de 22 metros por segundo, casi tanto como corren el agente nervioso, el caballo de carrera, la liebre, el ciervo y el conejo. La onda sanguínea arterial avanza no más que 9 metros por segundo.

En la médula espinal la velocidad es la misma que en los nervios; resultado notable, pues á la entrada de los tubos nerviosos en aquella dejan de ser sensibles á la electricidad, á las sustancias químicas, heridas mecánicas, etcétera, lo cual parece acusar ménos actividad vital en la médula que en los nervios. Sin embargo, el movimiento reflejo por acción refleja, esto es, cuando no media la masa encefálica, se retarda respecto de la acción directa de un trigésimo hasta un décimo de segundo; lo cual indica que la acción refleja invierte en la médula espinal doce veces más tiempo que

la transmisión de una excitación por los nervios sensitivos ó motores. No está suficientemente claro este punto todavía.

Ahora expondremos las experiencias de Donders y Jaeger, en las cuales se complica el problema, por tratarse de investigar el tiempo empleado por la reflexión previa, necesaria para que la voluntad se determine.

Se recibe un choque eléctrico en una mano, y al sentirlo se toca la llave con la mano opuesta. Si se sabe de qué lado se ha de recibir el choque el retardo es de 20 centésimas de segundo, si se ignora es de 27; luego se han gastado siete centésimas de segundo en reflexionar con qué mano debe tocarse la palanca-llave.

Antes de poder dar serial de una chispa ó de un ruido instantáneos, transcurren dos décimos de segundo; si se manda tocar con la mano, derecha cuando la chispa sea blanca, y con la izquierda cuando roja, se tardan de tres á cuatro décimos; luego en la reflexión se han empleado uno ó dos décimos de segundo. Si entre dos observadores, uno dice una sílaba y otro la repite, mientras el fonautógrafo registra las vibraciones de la palabra; cuando la sílaba se concierta de antemano, el tiempo tardado desde que se oye hasta que se repite es dos décimos de segundo; cuando se desconoce la sílaba que se ha de repetir, se emplea un décimo más. Para que el retardo sea lo más mínimo posible, se necesita educar la ecuación personal de los observadores, la cual se perfecciona por medio del aparato de Wolf.

Reseñaremos, por último, la experiencia de Bloch, que se funda en la persistencia de las sensaciones táctiles. Si con un intervalo de $\frac{1}{45}$ de segundo se reciben dos choques mecánicos, uno en cada mano, se sienten al mismo tiempo. Pero si el segundo choque se recibe, en vez de en la mano, en un punto más próximo al sensorio, como la nariz, para que haya sincronismo aparente entre ambos choques, se necesita dejar transcurrir más tiempo que en el caso anterior; la diferencia representa la velocidad de transmisión desde la mano al cerebro, teniendo en cuenta que la impresionabilidad *para el choque* es idéntica en todos los puntos del tegumento externo.

En cuanto á la duración de los procesos psíquicos, hé aquí lo que hay averiguado hasta el presente. El tiempo comprendido entre una excitación sensitiva y el movimiento que sirve de señal para indicar que se ha percibido la sensación, comprende una serie de actos, cada uno de cierta duración, parte alícuota del tiempo total empleado: 1.º excitación latente del aparato sensitivo (2 á 4 centésimas de segundo); 2.º transmisión sensitiva hasta los centros nerviosos (ya lo hemos indicado antes);

3.º transmisión sensitiva en la médula (para las excitaciones procedentes del pié, 0,1749, para la mano, 0,1283=8 metros por segundo); 4.º transmisión cerebral y actos cerebrales (deducida por diferencia entre el tiempo total y la suma de las demás cantidades conocidas); 5.º transmisión motriz en la médula hasta el músculo (cantidad ya conocida), y 6.º por último, excitación latente del músculo (indicada más arriba). Exner ha encontrado la duración de la *percepción sensitiva*, distinta según las edades, siendo de 0,2053 de segundo, á los veinte años; 0,0775 á los veintidos; 0,2821 á los veintitrés; 0,1231 á los veinticuatro; 0,0828 á los veintiséis; 0,0901 á los treinta y cinco; 0,9426 y 0,3050 á los setenta y seis años. Pero estas cifras no enseñan nada porque hay otros factores individuales desconocidos, que ya hemos dicho constituyen la ecuación personal de cada observador. Este error personal es constante para cada uno y distinto en todos.

La duración de la percepción sensitiva es de 0",19 en las excitaciones ópticas, 0",15 en las acústicas y táctiles y de 0",15 á 0",23 en las gustativas. La duración del acto intelectual más sencillo ha sido medida por Kries y Auerbach. Empleando dos focos luminosos, uno rojo y otro azul, que aparecen alternativamente, se manda hacer una señal cuando la luz sea roja (ignorando de qué color ha de ser). El momento de *reflexión* necesario para distinguir cuando se ha de hacer señal (muy variable según las condiciones individuales y la clase de excitación) es de una á seis centésimas de segundo.

Tal es á grandes rasgos el resultado de los estudios hechos hasta el día para investigar, no la esencia íntima de la actividad anímica (noumenos), sino su modalidad á través de la organización nerviosa (fenómenos), como actos psico-físicos sujetos á la condicion de espacio y tiempo, número y medida. Sólo esto puede intentar la biología, dejando á un lado la cuestión metafísica, para cuyo esclarecimiento se reconoce por completo y en un todo incompetente.

Dr. Luis Marco.

REVISTA POLÍTICA EXTERIOR.

La cuestión del Líbano.—Trabajos colonizadores de Francia.—Declaraciones de M. Challemeil-Lacour sobre la triple alianza.—Situación parlamentaria en Inglaterra; contingencias de una crisis ministerial.—Conflicto de poderes en Alemania.—Depretis y los partidos extremos en Italia.—Inteligencias entre Grecia y Bulgaria; efecto que han producido en Austria.—El ministerio holandés.—La guerra del Pacífico; recuerdo histórico del conflicto que la provocó.

En política, como en todo, no hay cosa que no tenga su término, y no había de ser excepción á esta regla el problema planteado hace dos meses en Constantinopla con motivo

de la cuestión del Líbano, que si á España importa muy poco ó nada, traía en cambio muy preocupadas á las grandes potencias europeas, cuyos representantes habíanse reunido en la capital otomana para resolver en internacional conferencia, asunto tan difícil por los diversos intereses encontrados que intervenían en él.

Con arreglo á las estipulaciones del tratado de Berlín, cada dos años se reúnen en la corte del Sultán los embajadores de las potencias signatarias de aquel convenio, para nombrar un gobernador del Líbano que satisfaga á todas, y cuya misión principal es velar en aquella parte de la Armenia por los intereses cuantiosos de los católicos residentes allí. Este año el asunto presentaba más dificultades que de costumbre, porque Francia, decidida á ocupar en las cuestiones internacionales el puesto que á su grandeza corresponde, estaba resuelta, pero firmemente resuelta, á que predominara su influencia, ya que hasta ahora la Gran Bretaña había sabido con sus proverbiales habilidades hacer que la gobernación del Líbano estuviera siempre á cargo de un protegido suyo. El poderoso imperio británico se resignaba difícilmente á colocarse en lugar secundario; las demás potencias apoyaban cada cual á una de estas dos con arreglo á sus simpatías ó á sus intereses, y la lucha que entre ambos bandos se produjo ha venido durando mucho más de lo que conviniera á la concordia que debe reinar entre los pueblos que por razón de su importancia y por la ley del más fuerte, se han erigido en árbitros de los destinos de Europa. La victoria ha sido para Francia, que la aprecia tanto más cuanto que los éxitos diplomáticos de Inglaterra en Egipto y las rivalidades de ambas naciones en Madagascar y otros puntos del Africa tenían molestos á los franceses.

El último candidato que para gobernador del Líbano había sido presentado por la Puerta, el general Wassa-effendi, albanés de nacimiento y católico de religión, al cual apoyaba el representante de Francia, debe haber salido á estas fechas para tomar posesión del cargo que acaban de confiarle las grandes potencias europeas reunidas en cónclave diplomático.

★
★ ★

Al parecer se conforman los franceses con esa compensación y se dan por satisfechos con que se les deje tranquilamente perseguir sus ideales colonizadores en Asia y á orillas del Congo. De algún tiempo á esta parte habíanse dibujado en nuestros vecinos de allende el Pirineo aficiones coloniales que en estos últimos meses se han acentuado mucho. En Tunez,

por ejemplo, puede darse por establecido definitivamente el protectorado francés; el cónsul general de Francia en aquella regencia, es arbitro absoluto del bey y sus ministros, y, aparte la ocupacion militar, puede muy bien compararse la accion de los franceses allí, á la que los ingleses ejercen en Egipto. En la costa oriental de Africa, y no ya con autorizacion, sino hasta con alegría por parte de los portugueses que tienen allí colonias importantes, han desembarcado los expedicionarios que al mando del animoso viajero explorador Brazza, van á plantear en aquellos ardorosos climas el sistema, que ha de reportar á Francia las grandes ventajas que pueden determinar los convenios celebrados por Brazza con algunos reyezuelos semi-salvajes del interior del continente africano, y á la hora en que esto escribo, hállanse navegando con rumbo al Tonkin fuerzas respetables de infantería de marina y marinería, que unidas á las que hay allí, emprenderán de una manera resuelta la tarea de hacer respetar á chinos y á annamitas los derechos que Francia tiene en aquellas latitudes, en virtud de tratados vigentes que no está dispuesta á derogar.

La Cámara de diputados francesa, comprendiendo la importancia que para los grandes pueblos tiene el convertirse en naciones coloniales, no ha vacilado en conceder el crédito extraordinario que el gobierno podia para llevar á cabo desahogadamente esas expediciones, pues aun cuando hay uno, el de Tonkin, pendiente todavía de un debate parlamentario, no cabe alimentar dudas acerca de su aprobacion.

Como los bienes, lo mismo que los males, no vienen nunca solos, la República francesa está de enhorabuena, no ya solamente por lo que se refiere á su política colonial é interior (en esta última nada ha ocurrido durante la pasada quincena digno de ser anotado), sino que lo está tambien en lo que se relaciona con las demás potencias europeas.

Las francas declaraciones del ministro de Negocios extranjeros, M. Challemel-Lacour, contestando á una interpelacion del duque de Broglie en el Senado francés, sobre la triple alianza, han favorecido por todo extremo á la República vecina. El gobierno, por boca del ministro á quien aludo, supo explicar con tanta dignidad, con tanta firmeza, y á la vez con tanta prudencia y tacto diplomático la actitud resuelta de Francia enfrente de esa inteligencia de Italia, Austria y Alemania, actitud tan exenta de injustificadas exageraciones y baladronadas meridionales, como de debilidades impropias de una nacion grande y poderosa, tan exenta de ódios á los aliados, como de miedo á sus manejos, que toda la prensa

europaea, la de Viena como la de Roma y á la de Berlin, aplauden el discurso de M. Challemel-Lacour, protestan del carácter eminentemente pacífico de la alianza y aseguran en todos tonos, que ni por asomo puede ésta dirigirse contra Francia, á quien todos á porfia desean felicidades y prosperidades sin cuento.

En vista de declaraciones tan autorizadas como estas, nadie debe dudar de que ese acuerdo entre los dos imperios de la Europa central y la jóven Italia, lejos de ser un peligro para la paz del continente, seria una garantia de que ésta no se ha de alterar por ahora, si por acaso liabia alguien que creyese en próximas contingencias, capaces de determinar una guerra continental.

*
* *

La situacion del gobierno inglés es anómala y sumamente difícil, desde el punto de vista parlamentario, porque no son ya los fenianos solos los que siguen con encarnizamiento una guerra sin cuartel al partido liberal; la han inaugurado tambien las huestes conservadoras, y con tan buena fortuna por cierto, que el dia 3 de este mes, con motivo del proyecto de ley sobre el juramento, lograron derrotar al ministerio por tres votos. Mr. Gladstone no habia hecho ese asunto cuestion de gabinete, y por lo tanto todo quedó por entonces reducido á un quebrantamiento más o ménos grande del prestigio del gabinete.

Los periódicos conservadores procuraron, y esto es natural, sacar el partido posible de aquel fracaso, y el dia 9 de este mes, en la discusion del presupuesto y á propósito de una cuestion de forma en la manera de recaudar la contribucion, ha vuelto á ser derrotado el ministerio por siete votos de mayoría.

Explicase fácilmente el primero de estos fracasos. Tratábase entonces de una cuestion religiosa, en la que entraban en juego antiguas preocupaciones, á que tan apegados son los ingleses, y no fué cosa para sorprender á nadie que los elementos más moderados del partido liberal, olvidando la necesidad que todos los partidos tienen de la disciplina más completa, y pretextando que el gobierno habia declarado no se trataba de una cuestion de gabinete, votasen con los que en concepto suyo defendian la causa de la religion; pero esta segunda vez el acto es harto significativo y demuestra hasta la saciedad que los elementos de la mayoría parlamentaria andan muy desunidos. El dia 11 suspendieron las Cámaras sus sesiones hasta el 24, y esos dias de interregno serán seguramente aprovechados para aunar voluntades por el jefe ilustre del gobierno inglés, á quien su patriotismo no

puede permitir que entregue el poder á los conservadores.

Los momentos actuales no pueden ser más oportunos para un cambio semejante de situación, que traería necesariamente en pos de sí una diferencia de criterio que para la marcha política de los asuntos interiores y exteriores de la Gran Bretaña, sería una verdadera desdicha.

Incalculables son las consecuencias que una crisis podría acarrear. Sobre todo en los asuntos de Egipto, Inglaterra se vería, de seguro, comprometida en aventuras desagradables que acabarían de captarle la animadversión de las demás potencias que, más o menos directamente, se hallan interesadas en la marcha política de los Estados del jedive; puesto que es cosa sabida que los conservadores censuran al gabinete actual porque no ejerce en Egipto una acción tan absorbente como ellos creen necesaria á la bienandanza de Inglaterra.

Por lo que al interior respecta, basta con fijarse un momento en las divisiones intestinas, profundas, que aquejan al partido conservador inglés y en la poca talla política de los jefes que heredaron del ilustre lord Beaconsfield la dirección de esa importantísima fracción política, para comprender cuán nefasta había de ser hoy por hoy su gestión.

Si la prudencia proverbial de Mr. Gladstone, si las concesiones hechas con gran sentido práctico, por cierto, por el *leader* liberal á los los colonos irlandeses, no han podido remediar los males que aquejan á la pobre Irlanda, ¿qué sucedería si los conservadores pusieran en práctica sus procedimientos de intransigencia y de rigor? La respuesta no es difícil.

Pero estas reflexiones huelgan seguramente ó yo me equivoco mucho, porque á pesar de las apariencias, no hay fundado temor de que por ahora abandone Mr. Gladstone las riendas del poder.

*
* * *

La situación creada en Alemania por el mensaje imperial, de que ya hablé en mi anterior Revista, dirigido al Parlamento, se acentúa de día en día, y de tal modo que reviste todos los caracteres de un conflicto. Aquel documento y una carta que el canciller dirigió hace pocos días al *Reichstag*, como si fuera otro soberano, acusan un sistema cuya huella se descubre, á poco que se examine el asunto, en todas las manifestaciones hechas por el emperador y por su canciller de dos años á esta parte; un sistema cuyas tendencias son reducir á la expresión más mínima las atribuciones del poder legislativo, dando al ejecutivo una amplitud tal que mate por completo el régimen par-

lamentario vigente, al ménos por escrito, en Alemania.

La inesperada publicación de aquel extraño mensaje, precisamente en vísperas de unas vacaciones parlamentarias obedeció, bien puede asegurarse así, al deseo de imponer al *Reichstag* la obligación de votar en esta legislatura el presupuesto de 1884-85, después de haber discutido y aprobado el del año corriente, para deducir la prueba de que son posibles los presupuestos bienales con que sueña Herr-von-Bismarck.

El presidente de la Cámara alemana, obedeciendo las indicaciones del emperador, puso á la órden del día el debate sobre el presupuesto en cuestión. Las oposiciones comprendieron la jugada, y las declaraciones nada oportunas del ministro Herr-Burchard y sus trasparentes alusiones á las *paternales advertencias* que contenía el mensaje imperial, eran bien poco á propósito para atenuar la mala impresión recibida por los liberales.

Uno de los oradores más influyentes del partido seccionista, Herr-Bamberger, en nombre de todos los elementos liberales de la Cámara, pronunció un discurso enérgico expresando esas impresiones. «El imperio alemán, ó será parlamentario, ó dejará de existir,» dijo; á lo cual contestó al ministro de Hacienda que «no quiere el ministerio un gobierno parlamentario, sino un gobierno imperial.»

Y hé ahí, en aquel aserto y en esta réplica la síntesis de la cuestión, que no es ni más ni ménos, que el antagonismo declarado entre las aspiraciones de la opinión pública, que tienden al régimen parlamentario verdad, y la tradición histórica que Prusia quiere imponer al imperio germánico constituido en 1871 á raíz de la desoladora guerra franco-alemana.

Estas doctrinas han sido varias veces expuestas con escueta claridad por el canciller del imperio, y nadie dudará que la idea que Bismarck tiene de lo que es régimen constitucional, difiere radicalmente de las ideas que el ejemplo de la Gran Bretaña, nuestra maestra en estos achaques, ha conseguido aclimatar en los Estados monárquicos de Europa.

El príncipe de Bismarck no se limita á reclamar para el soberano el poder ejecutivo en toda la extensión que puede darse á la palabra, sino que quiere además revestirlo con ciertas atribuciones legislativas, aunque limitadas por una especie de veto que concede al Parlamento.

El camino no puede ser peor, y mucho debe confiar el canciller no ya en su génio, sino en su buena estrella, para atravesarse á defender semejantes doctrinas en nuestra época, despreciando el prudente consejo de que es pre-

ciso no apretar mucho, si no se ha de abarcar muy poco.

*
* *

Depretis, en Italia, tiene cada día que desplegar mayor vigor y más energía para combatir la intemperancia de los partidos avanzados, que á cada paso comprometen con sus exageraciones la marcha normal y progresiva de la nacion cuyos destinos rige, inspirándose en un criterio liberal acentuado y propio para satisfacer á los más exigentes. La actitud de la extrema izquierda ha creado en el Parlamento italiano una serie de divisiones tales, que es poquísimo el apoyo que el ministerio puede esperar de los elementos avanzados de la mayoría. Depretis está entre la espada y la pared: ó dar el poder á los conservadores o apoyarse en elementos moderados, cuya influencia seria nula en el gabinete sin la conducta de la izquierda extrema, que á nadie podrá quejarse de las consecuencias que pueda traer esa semi-alianza, que se ve cada vez más acentuada, entre el gobierno y los elementos menos conservadores de la derecha.

Durante la primera mitad de Mayo, periodo que debe abarcar esta Revista, nada ha venido á modificar esa situacion de que acabo de dar cuenta, y cuya existencia estaba ya indicada á fines de Abril.

*
* *

En Austria se siguen con palpitante interés las peregrinaciones por Europa del príncipe reinante de Bulgaria, que despues de ser agasajado en Atenas por el rey de Grecia, ha llegado á la capital de Montenegro. donde le esperaba una acogida igualmente afectuosa.

Poco importa, en mi humilde concepto, al ministerio austro-húngaro la intimidación de Bulgaria y Montenegro; pero es indudable que no pueden tenerle igualmente sin cuidado, los rumores de una alianza próxima entre los gabinetes de Sofia y de Atenas, sobre todo despues de la desavenencia entre Rumania y Austria con motivo de la cuestion del Danubio que se halla en suspenso, y de la cual, por lo mismo, hace tiempo que no hablo á los lectores de la REVISTA IBÉRICA.

Veamos por qué no puede ni debe tener esa alianza descuidada á Austria. Es evidente que Rusia ha de tratar por todos los medios á su alcance, de ganar el terreno que el tratado de Berlin y la alianza austro-alemana le hicieron perder en la península de los Balkanes, para lo cual tenderá siempre á reconstituir sus alianzas en torno de la Turquía europea; y la inteligencia entre los gabinetes de Atenas y Sofia, ó no significa nada, ó es el primer

triunfo de esa política. Parece probable que el rey Jorge y el príncipe Alejandro hayan convenido en los medios que deben emplear para poner coto á la influencia austriaca en la provincia objeto de sus aspiraciones hácia la cual camina Austria por sus pasos contados, con ánimo resuelto de decidir la contienda en beneficio propio.

Mientras llega el instante oportuno de formular sus respectivas pretensiones territoriales, los dos soberanos se han puesto de acuerdo, porque de algun modo se ha de empezar, sobre las disensiones religiosas de sus súbditos respectivos. Los búlgaros, que en su inmensa mayoría profesan la religion griega ortodoxa, dependian antes de la guerra de 1877 del patriarca de esa iglesia que reside en Constantinopla. Cuando el congreso de Berlin emancipó á los búlgaros de la dominación turca, los representantes de Rusia pidieron para ella autonomía religiosa tambien; en Constantinopla parecieron exageradas, ya que no injustas, estas pretensiones de las cuales surgió un verdadero cisma que todavía existe, porque unos dieron la razon al patriarca griego en Turquía y otros opinaron que Rusia defendía sus intereses.

El rey de Grecia ha prometido ahora, segun parece, al soberano de Bulgaria, interponer toda su influencia para que el cisma desaparezca, con objeto de separar los obstáculos que se oponen á que esas dos naciones cooperen á una accion comun contra la codicia de Austria.

Es natural que esa inteligencia haya surgido bajo los auspicios del gobierno ruso, porque es preciso no olvidar que el príncipe á quien el tratado de Berlin colocó en el trono de Bulgaria no es más que el centinela avanzado que la política moscovita tiene en el camino de Constantinopla, aún cuando otra cosa haya podido parecer en alguna ocasion.

*
* *

El ministerio holandés se ha presentado á las Cámaras, que reanudaron sus tareas el día 10 de este mes. Su programa es de una vaguedad extraordinaria, pero que no debe sorprender á quien no haya echado en saco roto lo que de él dije en mi anterior Revista. Su vida será efimera, tanto más cuanto que ha comenzado por aplazar la cuestion de reformas constitucionales, que hoy por hoy constituye la principal aspiración del pueblo de Holanda.

*
* *

¡Pobre Perú! Los gritos de dolor que le arrancan los sufrimientos de una invasion ex-

tranjera, gritos cuyo eco llega de cuando en cuando á Europa como para recordarnos que una guerra desoladora empobrece aquel país desde hace más de cuatro años, apenan el ánimo de los que consideramos á aquellos pueblos como hijos de esta patria nuestra tan querida. Contra todas las esperanzas que noticias todavía recientes nos hicieran concebir, la guerra continúa y aún puedo decir que se ha recrudecido en cierto modo desde la fecha de mi anterior Revista.

Como dato para apreciar bien esa triste página de la historia contemporánea de las repúblicas hispano-americanas, bueno será recordar el origen, ya remoto, del conflicto que determinó la guerra entre los gobiernos de Chile, Perú y Bolivia. Data, si mal no recuerdo, de 1866 y nació de la rivalidad entre Bolivia y Chile, que ambas pretendían tener derecho á ciertos campos de guano y ciertas minas de plata que hay en los distritos de la primera de esas dos repúblicas, próximos á la Frontera septentrional de la segunda.

So pretexto, ó con motivo, que no quiero ser parcial, de la infracción de los tratados vigentes, Chile se apoderó de tres puertos bolivianos; entonces intervino el Perú proponiendo que los terrenos en litigio se declararan neutrales.

Esta proposición fué desoída, y Chile, creyendo que el Perú había monopolizado, en su territorio, aquellas minas en perjuicio de los agricultores é industriales chilenos, declaró la guerra á las dos repúblicas que estaban mucho menos preparadas para sostenerla que su adversario, hasta el punto de que, Bolivia sobre todo, ha hecho un papel casi pasivo durante toda la campaña.

La extensión inmensa de los territorios que han sido teatro de esta lucha que bien puedo llamar fratricida, le dió desde el principio el carácter de una guerra marítima, porque era evidente qué vencería el que se hiciera dueño del mar. Después de varias escaramuzas durante el verano de 1879, la marina peruana quedó reducida á la impotencia ó poco menos, merced á la destrucción de uno de sus buques acorazados, el *Independencia*, y á la captura de otro, el *Huescar*, apresado por la escuadra chilena en octubre del mismo año.

Desde aquel momento quedó prejuzgado el desenlace de la campaña, y el presidente de la república peruana se vino á Europa con el propósito de comprar otros buques con que sustituir los que había perdido. La escuadra de Chile continuó bombardeando las ciudades de la costa, y acabó desembarcando en Arica un cuerpo de ejército, que después de luchar con una resistencia encarnizada, casi heroica, por parte de los peruanos, derrotó á las tropas

del dictador Piérola que sustituyera al presidente de la república, y entró á mediados de Enero de 1881 en Lima.

La Representación nacional del Perú, comprendiendo lo inútil de la resistencia, pidió la paz; pero el ministro de la Guerra chileno, Sr. Vergara, que iba con el ejército, se negó en absoluto á entrar en negociaciones con el vencido, y tuvo la osadía de decir que aquello fuera tanto como renunciar al objeto principal de la guerra, que consistía en *arruinar al Perú y ponerlo en la imposibilidad de levantar cabeza en un siglo por lo ménos*.

Y por lo visto esa opinión no era solo la del Sr. Vergara, sino que coincidía con la del Parlamento chileno que no protestó de sus palabras y la de los generales de Chile que han llevado á la práctica ese programa infausto que repele el espíritu de la época en que felizmente vivimos.

Los últimos acontecimientos de esta guerra cruel que apena el ánimo de los neutrales, son demasiado recientes, sobre todo los ocurridos durante la última quincena, para que haya necesidad de relatarlos aquí; pero demuestran hasta la evidencia, que Chile no ha desistido de sus poco generosos propósitos, y que el Perú está cada día ménos en condiciones de sostener la guerra, ni siquiera de encerrar dentro de límites racionales las extraordinarias exigencias del vencedor.

En el estado actual de la contienda es difícil, casi imposible, predecir cómo ni cuándo terminará esa desastrosa lucha, mucho más para mí que no blasono de profeta y que me he propuesto ser en estos artículos mero aunque fiel cronista de los acontecimientos. Ojalá que cumpliendo este deber pueda pronto decir á los lectores de la REVISTA IBÉRICA: La paz reina entre nuestros hermanos de la América latina.

Angel de Luque.

SONETOS.

AL HIMALAYA.

Absorta la mirada no se atreva
A contemplar tu elevación gigante;
¿Quién será el que con paso vacilante
Hasta tu cima, triunfador, se eleve?
Ni al rayo tu alta cumbre se conmueve;
¡Virgen que espera á su ignorado amante
Envolviendo su púdico semblante
En irisada túnica de nieve!
Rueda á tus piés la avergonzada nube,
Tiembla el torrente en su rugir sonoro,

Tu vencedora mole sube y sube
 Hasta tocar el alto firmamento...
 ¡Ya te corona el sol de rayos de oro!...
 Mas ¡te gana en altura el pensamiento!

—
SEVILLA.
 —

Salud, ¡oh claro sol de la poesía;
 Del géneo patria y del amor señora,
 Donde suena con voz arrulladora
 El eterno cantar de la alegría!
 Para ensalzar al mundo tu hidalguía
 La Giralda se alzó dominadora;
 Junto al Betis durmió la dulce Flora,
 Se enamoró de tí la luz del día!
 Aun más que tus palacios y tus rejas
 Y tus brisas de amor, tu luz ardiente,
 Tu rio azul, tu catedral sublime...
 Admira el corazon las dulces quejas
 De esa vaga poesía que en tu ambiente
 Flotando eterna, palpitando gime!!

—
NOCHE DE INVIERNO.
 —

¡Sólo quien sufre á combatir se atreve!
 Todo en tinieblas y en dolor reposa...
 ¡Qué terrible nevar!... Pregunta, hermosa,
 Al pobre corazon por tanta nieve!...
 Quizás durmiendo tú, la dicha mueve
 Tus castos sueños de color de rosa;
 ¡Así será la noche caprichosa
 Aquí tan larga, pero allí tan breve!
 No imagines que ausencia y que tormento
 Trajéronme las noches del olvido;
 No, con la tempestad crece mi aliento.
 Soy como el ave, que al sentir herido
 De muerte el corazon, se lanza al viento
 Y busca al rayo, ¡pero vuelve al nido!!

—
SIEMPRE
 —

Los mismos rayos de la misma idea
 Me alumbran siempre al despertar el día,
 Y al dar en brazos de la noche fría
 Siempre vuelvo á decir: "¡Bendita sea!"
 La dulce brisa donde quier me vea
 El mismo acento y bendicion oiría,
 Que el mismo nombre mis destinos guía
 Por monte y valle y por ciudad y aldea.
 Vives en tí y en mí, porque te siento
 Llenar mis horas de terrible calma,
 Calmar las iras de mi atroz tormento,
 Te siente mi pasión y voy contigo,
 ¡Y como la pasión vive en mi alma
 Mientras aliente el alma vas conmigo!!

¡Y como la pasión vive en mi alma
 Mientras aliente el alma vas conmigo!!

Cárlos Fernandez Shaw.

—
POESIAS DE D. FRANCISCO DE ABARZUZA.
 —

Tiempo muy propicio para el arte lírico, digan lo que quieran las almas endeblés y apocadas, es el que alcanzamos. Cuando las creencias religiosas atraviesan crisis tan azarosa como la presente, y la conciencia busca anhelosa asilo en que cobijar los preceptos de su moral predilecta, y el corazon corre desalado tras inciertos y vagos ideales; cuando los sentimientos y aspiraciones hallan estrechos sus antiguos moldes y pugnan por dilatarlos, no acertando á conseguirlo por percibir aún muy nebulosas las perspectivas de sus intuiciones; cuando el alma, en fin, se debate en ansias mortales viendo alejarse á la que la animaba y sostenía en las tribulaciones y trances apurados; cuando tales alteraciones y trastocamientos del comun sentir y pensar de nuestro siglo vemos diariamente; creer que las memorias de lo pasado, de aquel pasado cubierto de luz y de color, pero que encierra misérrimas injusticias sociales, pueden mitigar ni áun distraer nuestra actividad intelectual de esa labor sutil y minuciosa á que sujetamos creencias, dogmas y verdades, es cándido é inocente raciocinio que sólo puede ocurrírseles á las almas timoratas y quejumbrosas. El *Nolli me tangere* yace roto y maltrecho por el *Arise yee gods*, de Byron: justa en lid luminosa todo lo que es producto de la inteligencia humana. En el abierto campo del criticismo moderno caben todas las ideas: la más debeladora, la más imperturbable y serena en el combate, esa será la dueña y señora del reino de la inteligencia; que no de otro modo alcanzaban el favor de su dama los justadores y paladines en los torneos, donde la fuerza y el hecho campaban á discrecion. Así los poetas que emplean su inspiracion en resucitar y dar vida á sentimientos y aspiraciones que animaron á generaciones que pertenecen á la historia, semejan á las formas convencionales que adopta el individuo en su trato de gentes. Todo es allí artificioso: todo se mueve y desarrolla impelido por la rima y el sonsonete, y ¡ay de la idea que no se doblegue á las exigencias del consonante!... proscripita y desterrada será por rebelde á la disciplina del amaneramiento y de la rutina.—No; el poeta, si ha de ser eco fiel y genuino del modo de sentir de sus contemporáneos, si ha de reflejar en sus cantos los ideales (que así hay que llamarlos) del medio en que vive, menester es que rompa con las convenciones y eti-

quetas de una retórica de carton, que todo lo fia al pulimento de la frase, acicalándola con afeites de relumbron y ajados atavíos de una pedantesca y cultiparlante dición, descuidando, por tal manera, el pensamiento. Sólo así se explica la indiferencia con que son acogidos los infinitos volúmenes de poesías que salen anualmente de las prensas en nuestra España. Pero si el poeta estudia con detenimiento el modo de ser de su época y de su nación, y arrastrado por las intuiciones misteriosas de su génio, escudriña entre los infinitos y varios problemas que le ofrece la presente edad, aquel que logre hacer presa en mayor número de individuos y que tiene echadas raíces más hondas en nuestro pueblo por referirse al santuario de la conciencia comun; y luego que tiene hecho tal estudio y tal eleccion, si lo funde en su fantasía al calor del fuego en que arde su alma, caldeada en amores y deliquios, enternecida por el pesar y la desesperanza... entonces el poeta que tal sienta y que tal haga será poeta y muy poeta; porque ha ido á buscar su inspiration, la levadura y el alma de sus poesías al seno mismo de la sociedad que le ampara y le presta asilo. Así tienen que ser los poetas, populares y no cortesanos, sencillos, no artificiosos, ingenuos, no enrevesados. Los sentimientos que expresan deben palpitar en todos los corazones; sus ideas deben bullir en todas las inteligencias. Cuando otra cosa hagan, el poeta es exótico y extraño en su propio suelo, y precisa el incienso y el halago de artesonados salones para vivir y prosperar. ¡Bien hayan los que tienen más en precio el cantar los ideales de su tiempo, y sólo á ellos prestan los acordes de su lira!

El Sr. Abarzuza pertenece á esta clase de poetas. *El divorcio entre dos almas*, poema dedicado al príncipe de la lírica italiana, *Carducci*, es la encarnacion artística del conflicto religioso, perenne é insoluble en nuestra sociedad. Delicadezas, primores, relieves, todo parece quedar subordinado en el poema ante el vigor con que está delineado el pensamiento. Solicitadas instancias de la armonía y de la forma tersa y gallarda de las quintillas en que está escrito, todo lo desatiende el lector por los atractivos con que seduce un pensamiento que ocupa todas las conciencias.

No es esto decir que en la serena region del arte no cabe sino lo real, elevado á tal esfera por los idealismos y fragancias con que supo envolverlo el artista. Allí tiene su lugar y asiento todo lo que se agite y tenga vida así en lo real como en lo abstracto; pero bien entendido que todo ello ha de ser en su justo límite, sin intrusiones ni desequilibrios. Muy artista se muestra el Sr. Abarzuza en este poema. La suavidad y blandura con que pinta

el emblema de la creencia, seduce y atrae: es el arte derramando los primores y lindezas á manos llenas sobre las arrugas que afean á su antigua compañera.

Entre las poesías leídas por dicho señor en el Ateneo, y publicadas en un tomito, hay algunas muy notables por su forma gallarda y marmórea, lo cual no es parte para que su fondo decaiga de aquel tono que le imprime la magnificencia del asunto que canta. La titulada *Grecia y Roma* muéstranos hasta qué punto el Sr. Abarzuza puede elevar su inspiracion y cómo maneja nuestro idioma. Fluidez, grandilocuencia, grave entonacion, pensamiento levantado, el calor del sentimiento palpitando á través de las estrofas y esparciendo por todas ellas esa vida, ó como quiera llamarse, que sólo la inspiracion en su nota más alta logra imprimir.

Una sola estrofa le basta para relatar lo que fué y lo que es la patria de los dioses en la historia del arte. Habla de la suprema belleza y dice:

Grecia, que fué una aurora,
Naciendo de sus ondas, le descubre
Y en su inocente desnudez la adora.
Su culto, su existencia resumia,
Y por eso fué Grecia una alborada
Y nunca vió por eso en pleno dia
Su fecunda existencia dilatada.

Y luego añade:

Uno su genio fué; la misma cuna
Mecía en las helénicas vertientes
Tanta esperanza que debió ser una.
Su Areópago, su Delfos, su Tribuna
Tuvieron fuerza y les faltó el instinto
Que uniera sus destinos esplendentes,
Como están con las flores de Corinto
Unidos sus dos bellos continentes.

Digno de un antiguo vate es el sacro fuego que enciende su espíritu y le arrebató en sublime entusiasmo al prorumpir en estrofas como esta:

Yo vi con santa indignacion, la piedra,
Por el cincel de Fidias animada,
Con la hojarasca torpe de la hiedra
Salir de los escombros profanada.

Lo estrecho de los límites que nos imponen, no nos permiten insertar algunos *specimens* de las demás poesías de que dejamos hecha mencion. Entonces el lector atento advertiría primores y bellezas que no alcanza á expresar nuestra pluma. Remito, pues, al curioso á la librería, convencido de que ha de agradecer-nos tal indicacion.

Como traductor, muestra tambien sus condiciones geniales el Sr. Abarzuza. *Rolla*, de Alfredo de Musset, del poeta del corazon, como le llama una amiga mia, solicitó el fervor y entusiasmo de nuestro poeta, y nos tradujo

un canto de manera inimitable. Con no menos pulcritud y esmero vertió á nuestro idioma el tan celebrado monólogo de *Hamlet*, de *Shakespeare* y el discurso de Marco Antonio, universalmente aplaudidos y celebrados, sintiendo de todas veras que el Sr. Abarzuza no se dedique á traducciones de más empeño, por las felicísimas disposiciones que para ello muestra.

Joven es aún el Sr. Abarzuza, y mucho se puede esperar de su gran ingenio. En las muestras bizarras que de él nos ha dado, hácenos esperar con ansia nuevas producciones que corroboren lo ya dicho. No es de desear que las condiciones generales que lo distinguen se desvíen ni tuerzan; antes bien, nuestros ruegos se encaminan á que continúe por la misma y desgraciadamente solitaria senda, que teniendo grandes alientos, fresca inspiracion y el concienzudo estudio que se nota en todas sus obras, ya puede aspirarse á la inmortalidad y lograrla perdurablemente.

Anastasio R. Lopez.

MISCELANEA.

Únicamente el ingenio y la gracia que completan la personalidad poética de Campoamor, dando á cuanto dice ó escribe una lozanía y frescura que, lejos de extinguirse, parece que se aumentan con los años, han podido ser causa eficiente de que en la Seccion de Literatura del Ateneo, presidida por nuestro gran lírico, no haya decaído un solo día el interés de las discusiones, amenizadas por los chistes y donaires del autor de las *Doloras*, puntos de engarce á los importantes discursos de varios oradores.

El enunciado del toma, que en un principio constaba de quince ó veinte palabras, podria reducirse á dos: *Los ideales* ó *El idealismo*, como ha tenido á bien llamarle el presidente en su discurso-resúmen.

¿Qué hemos de entender, preguntábamos al principio, por *idea* y por *ideal* en la Seccion de Literatura del Ateneo? ¿Qué valor técnico tienen estas dos palabras que pueda servir de punto de partida para una discusion?

Sucede con frecuencia que dos oradores se engolfan en una disputa de opiniones, sin cuidarse de aquilatar el valor de los conceptos fundamentales en que se apoyan. Un racionalista y un escolástico discuten *el ideal* de la humanidad durante dos horas, agotan los recursos de su ingenio, revuelven toda la historia de la filosofía sin conseguir llegar á un acuerdo, hasta que un tercero en discordia les pregunta: ¿Qué es humanidad?

Para el racionalista, "humanidad es la colectividad orgánica de los seres racionales." Para el escolástico, "el conjunto de atributos esenciales que constituyen la personalidad humana."

El primero habla de *ideal* como tendencia ó fin de la especie; el otro se limita á decir que el ideal de la humanidad no es más que la perfeccion del individuo.

Entonces puede renovarse la pregunta. ¿Qué es *idea*?

La historia de las discusiones acerca del valor de la palabra *idea* es tan antigua como la filosofía. En Grecia *eidós* significaba especie en sentido de apariencia. Aristóteles la empleó para significar sub-genero. La filosofía escolástica define la especie: "el género mas la diferencia." Pero Platon y sus secuaces habian dicho que *eidós* (*idea*) tenia un valor real; era el arque-tipo de todas las cosas que se llamaban de una misma especie. Estas se clasificaban juntas, no por el parecido que tuviesen entre sí, sino por su aproximacion á la *idea* típica.

No fué otro el origen, como todo el mundo sabe, de la famosa contienda entre nominalistas y realistas, que tanto ruido dió en la Edad media. Mas como ahí no cesó la evolucion del lenguaje filosófico, se iniciaron tantas nuevas acepciones como sectas y variedades de sectas fueron surgiendo, de tal modo, que hoy seria muy difícil encontrar dos filósofos, de distinta escuela, que diesen igual valor á los términos *idea* é *ideal*.

La tecnología filosófica viene á ser como las operaciones algebraicas, cuyo resultado práctico depende del valor que se quiera dar á los signos. Y ¿cómo sería posible resolver una misma ecuacion aplicando distinta clave á los signos de cada uno de sus miembros?

¿Podria admitir el mismo concepto de *idea* é *ideal* un positivista invocando la teoría de Locke, que un panteista fundándose en la *idea* del sistema hegeliano? Y al adjetivar dicha palabra ó dar valor sustantivo al adjetivo *ideal*, ¿puede llegarse nunca á un acuerdo, si antes no se precisa el valor de las voces?

Pero llega el fin de los debates, el presidente redacta todo un libro sobre la tesis que se ha venido discutiendo y nos ofrece sobre tan árida y oscura materia el ramillete de frases ingeniosas, sentencias humorísticas y discreteos filosófico, más bello que puede concebirse.

Empieza anunciando al Ateneo que *hasta el Sr. Cánovas del Castillo puede equivocarse*. ¡Qué síntesis tan famosas! ¡Qué combinaciones de luces! ¡Qué donosísima manera de probar la realidad é importancia de su teoría del conocimiento en concepto ontológico, cosmológico y amotropológico, jurando la verdad de cuanto dice por las catorce vulgaridades de los siete sabios de Grecia, y esperando que entre él y Cánovas ahuyentarán del Ateneo á esa turba de filósofos de *temporada* que se llaman Comte, Maleschot, Bernard, Buchner, Spencer y otros!

Si alguna ocasion pudiera presentarse para juzgar definitivamente las eminentes condiciones artísticas del Sr. Campoamor es, sin duda, la presente. Suprimase del discurso-resúmen lo que tiene de poético, las deliciosas y sorprendentes imágenes, los contrastes de ideas, la mofa volteriana que hace de los sabios y ¿qué resta? El pensamiento de un excéptico que se burla hasta del excepticismo. Varíese el asunto, sustitúyanse los nombres consignados en el párrafo anterior por otros ficticios ó reales, y permítase al poeta discretear acerca de lo que dijeron ó él les atribuye. ¿Habría disminuido por eso el mérito de su hermosa disertacion?

Campoamor quiso escribir un libro enojoso de filosofía y le ha resultado un bellissimo poema. Tanto mejor para la literatura española.

★
★ ★

Otro discurso memorable, el leído por el Sr. Menen-

dez Pelayo con motivo de su ingreso en la Academia de la Historia, completa el cuadro de los verdaderos acontecimientos literarios de la quincena.

Hoy que las pasiones de secta y de partido turban con frecuencia el ánimo del escritor, privándole de la serenidad necesaria para un juicio irreprochable, no debe parecer extraña la diversidad de apreciaciones que circulan acerca de las extraordinarias dotes que como historiador, como crítico y como poeta posee el joven catedrático. El que sin más interés que el interés científico ni más pasión que el amor á la belleza haya oído leer ó leído, su discurso acerca del *arte en la Historia*, juzgará fuera de toda cuestion el claro talento del ilustre autor de la *Historia de los heterodoxos*.

"Me elegisteis tal como soy, y no he de venir á comprar aplausos ni á mitigar impopularidades," dice en el exordio y lo demuestra con franqueza y valor en todo su trabajo.

Es, sin duda, este discurso, la obra magna de Menéndez Pelayo; marca una nueva fase en sus cualidades de crítico, nuevos recursos en su habilidad de estilista y la plenitud de una gloriosa madurez intelectual.

No hemos de seguirle paso á paso analizando su estudio del arte de escribir la historia á través de todos los tiempos; pero séanos licito transmitir en comprobación de nuestros asertos, los párrafos con que termina tan magnífica excursion:

"La tesis y el epigrama enterraron la historia, y venida la reaccion, comenzó á sentirse la sed de algo original, característico y rudo, que nos trajera olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas. Y como la historia escrita al modo de Gibbon ó de Voltaire hablaba al ingenio, pero no á los ojos, y la historia escrita al modo antiguo no abarcaba mayor espacio que el que va desde la Acrópolis hasta el Pireo, ó el que se dilata desde el arco de Septimio hasta el anfiteatro Flavio, fué menester que una mitad entera de la historia humana saliese de entre escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte. Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó á arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió á correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del obispo de Bamberg y esperanza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallenstein; repitieron las gaitas de los *highlanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado á los piés del cardenal Federico, y se alzó en el lazareto de Milan la bendita figura de Fra-Cristoforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos; pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino á infundir en el cuerpo anémico de la historia!

Entonces nació la escuela pintoresca, la de los Barante, la de los Thierry, que confiesa su abolengo en *Quentin Durward* y hasta en el carro Meroveo. Creció la avidez del pormenor característico, el amor de lo infinitamente pequeño, la indumentaria ahogando al procer ó al villano entre armaduras, jaeces y muebles; y llegó día en que las historias de la Edad media parecieron iluminaciones de libros de coro ó tablas bizantinas.

Otros buscaron luz por distinto camino, y vióse en Inglaterra renacer, por impulso del más grande de los historiadores modernos, la forma oratoria, tan espléndida como en los mejores días de la antigüedad, y tan rica de pasión y de ardorosa elocuencia como en el yerno de Agrícola: historia parcialísima lo mismo que sus modelos, historia de facción y de bandería; pero tan sincera, tan honrada y tan sabiamente parcial, que borra con lo que tiene de poema lo mucho que tiene de alegato. Obra varia y tan opulenta como la misma naturaleza; poema de la libertad civil, de la industria y de la prosa; viril esfuerzo de un alma romana, para ennoblecir con majestad patricia el trabajo moderno y llevar de frente todas sus actividades, como si fuesen órganos de un mismo cuerpo, y no aislados mecanismos, cual los consideraba la filosofía del siglo XVIII. Al fin, en esa historia, que no es filosófica, ni religiosa, ni literaria, ni comercial, sino todo esto y mucho más, y no por fracciones atomísticas, sino todo á un tiempo y con la misma libertad y miramiento de la vida, el animal humano respiró entero."

Párrafos estos dignos de un Macaulay ó de un Taine, revelan que el espíritu de secta no estorba en Menéndez Pelayo la sinceridad del crítico, ni la inmensa erudición atesorada ahoga las facultades del artista, dicho sea de una vez, del verdadero poeta. En este discurso el estilo del nuevo académico ha perdido aquel exceso de facilidad que tanto enojaba á su entusiasta Valera, cambiándolo por esa serenidad clásica quo como el mismo Sr. Menéndez Pelayo demostraba, no excluye, antes requiere la viril energía propia de un alma profundamente convencida de las ideas que defiende.

Joaquín Moreno.

REVISTAS EXTRANJERAS.

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS.

REVUE DES DEUX MONDES.

SUMARIO.—I. *La primera campaña de Condé*; por el duque de Aumale.—II. *El judío de Sofiewka*; por M. V. Rouslane.—III. *Un ensayo de síntesis paleoethnica*; por el marqués G. de Laporta.—IV. *Los modernos romanceros americanos*; por M. T. Bentzon.—V. *China y Touquin*; por Edmundo Planchut.—VI. *Poesía*; por J. Normando.—VII. *Revista literaria*; por F. Brunetiere.—VIII. *La triple alianza*; por G. Valbert.—IX. *Revista dramática*.—X. *Crónica de la quincena*.—XI. *Movimiento financiero de la quincena*.—XII. *Boletín bibliográfico*.

El artículo *La triple alianza* merece especial mención, más que por su mérito intrínseco, por ser la materia tratada en él de actual importancia y porque las sentidas consideraciones que hace M. Valbert, son, aparte de cierta intención política, la genuina expresión de los sentimientos de los hombres más sensatos de la vecina república, respecto á la difícil posición internacional que su país conserva.

Examina el autor las razones que Alemania, Italia y Austria han tenido para celebrar la triple alianza, que según aquellas naciones, tiene por objeto conservar la paz europea, y después de un concienzudo análisis

de hechos y de opiniones vertidas por los estadistas y los periódicos de aquellos países, saca en conclusion que el objeto principal de esa alianza ha sido aislar á Francia, impidiéndole toda relacion amistosa con los demás pueblos, como dejaba entrever con su habitual rudeza el órgano del canciller aleman. Este, dice, respeta todos nuestros derechos ménos el de procurarnos amigos.

Estudiando las causas de semejante conducta por parte de Austria é Italia, hállalas el articulista primero en la política de Bismarck, el cual, por tortuosos pero seguros caminos, tiende de un lado á aislar á Francia, y de otro á que Rusia sea una nacion asiática, y en su lugar sea el Austria la nacion oriental. Despues, y principalmente, encuentra las razones del aislamiento en que su patria se halla en la desdichada política internacional que ha seguido, ofendiendo á Italia al echarle al rostro antiguos servicios y sobre todo agotando sus fuerzas en esas luchas interiores, mediante las cuales se cuentan tantos ministerios como meses. Por eso, añade, se precaven aquellas naciones para el caso de un cambio en las instituciones; porque imaginan que consiste en las actuales nuestra debilidad internacional.

El autor, no muy consecuente en sus ideas, cuando ha lamentado la escasez de relaciones amistosas, al ocuparse de Inglaterra, única que pudiera congregarse con Francia en caso de una conflagracion, llega á declarar, refiriéndose á ella, que es duro sujetarse á un régimen impuesto por los más grandes ambiciosos del mundo.

BIBLIOTECA UNIVERSAL Y REVISTA SUIZA.

SUMARIO.—I. *Quince dias en Italia*; por M. Marc-Monnier.—II. *La hechicera*; por M. José Noël.—III. *Horacio-Benedict de Sausure y su filosofia*; por E. Naville.—IV. *Los ferro-carriles eléctricos*; por M. Gustavo Van Muyden.—V. *Los poetas ingleses*; por Leon Quemel.—VI. *La Exposicion internacional suiza en Zurich*; por Ed. Tallichet.—VII. *Variedades*.—VIII, IX, X y XI. *Crónica parisiense, alemana, inglesa y política*.—XII *Boletín literario y bibliográfico*.

Es interesantísima y curiosa la materia tratada en el cuarto artículo mencionado en el sumario; pero todavía es más notable el trabajo por la forma sencilla, á un tiempo que profunda, con que se expone, que por la materia misma. M. Gustavo Van Muyden hace primero una sucinta y completa narracion de la manera como se ha ido perfeccionando desde 1879 el maravilloso invento de M. Siemens. Comenzó éste por una especie de juguete que presentó el mencionado año en la exposicion de Berlin; despues en Italia, en Francia y en diversos puntos de Alemania se ha perfeccionado el aparato y se ha extendido su aplicacion, no tanto en verdad como debiera.

Tal como hoy se encuentra es un aparato electro-motor, sin el inconveniente de los imanes fijos. Se aplica al movimiento de los vagones y la electricidad producida por rotacion, se trasmite por los rails ó, como en algunos puntos se hace, mediante una especie de cable.

El articulista explica admirablemente tanto el mecanismo como la manera de funcionar, sacando del exámen de uno y otra conclusiones prácticas de inmensa importancia. Entre ellas se encuentran la de que el sistema Siemens puede sustituir á las máquinas de vapor y á la fuerza animal con ventaja siempre en los tranvías, porque siendo relativamente cortas las distancias no es difícil la produccion y trasmision de la

electricidad, evitando al mismo tiempo dos inconvenientes de las máquinas de vapor dentro de las poblaciones, cuales son las chispas y el humo. Tiene además la electricidad sobre los motores por aire comprimido, únicos que evitan aquel inconveniente, la ventaja de ser ménos costosa.

Por lo que atañe á las grandes vías, tambien sostiene que en la mayor parte de los casos, sobre todo si próximos á ellas existen motores hidráulicos, es preferible la electricidad al vapor; pues por el pronto ocasiona un ahorro en el trabajo de arrastre al prescindir de las máquinas, carbon, agua y demás pesos que gastan un esfuerzo muerto que el sistema Siemens hace innecesario.

Muchas más consideraciones hace el autor, que no es posible apuntar aquí, pero dignas de conocerse unas por su importancia práctica y otras por lo curiosas.

REVUE BRITANIQUE.

SUMARIO.—I. *Simon de Montfort*; por H. Reynald.—II. *Progreso y miseria*; por O. S.—III. *Un año de amor*, poesía; por Pablo Collin.—IV. *La Pródiga, de P. A. de Alarcon*; por Arsenio Arúso.—V. *El demagogo*, poesía; por M. Mazuyer.—VI. *Los grandes servicios marítimos de la Francia*; por Mortimer D'Ocague.—VII. *El presupuesto de la Francia (1869-1884)*; por A. Edmond-Blanc.—VIII. *El sufragio universal*, poesía; por M. Mazuyer.—IX. *Mister Gladstone en el colegio*; por A. V.—X. *Daisy Miller*; por E. James.—XI. *Marcha fúnebre*, poesía; por Andrés Lemoyne.—XII. *Consecuencias financieras y económicas de los convenios de 1859*; por O. N.—XIII. *Correspondencias, crónica y boletín bibliográfico*.

No sólo por su oportunidad, sino por el mérito intrínseco que revela, merece examinarse detenidamente el segundo artículo, cuyo título es el mismo de un libro famoso, cuyas conclusiones y exagerados aforismos rebate el autor de este trabajo. M. George, escritor iluminado de los Estados-Unidos, publicó no hace mucho una obra de carácter eminentemente socialista, que ha producido gran resonancia en Inglaterra y especialmente en Irlanda. Inspirado el economista americano en las soñadas aspiraciones de Cloutz-Owen y Moro, pretende, con un optimismo extraordinario, haber hallado remedio á la miseria, señalando las causas de ella. El articulista combate con fundadísimas razones los cinco aforismos, base de todas las otras conclusiones de M. George, y que son los siguientes:

1.º Conforme acrece la produccion de la riqueza, disminuye la parte correspondiente á la clase obrera.

2.º Esta crea sus propios salarios segun los recibe, siendo completamente falsa la doctrina corriente de que los salarios salen del capital.

3.º La poblacion no aumenta más deprisa que los medios de subsistencia.

4.º La miseria se produce en realidad á causa de la detencion individual del suelo.

5.º La miseria seria aniquilada mediante la confiscacion del suelo por el Estado.

Tales son los absurdos principios sustentados por M. George, con gran aparato lógico y sobra de imaginacion, principios que en el notable artículo mencionado se rebaten con argumentos positivos y copia de interesantes datos.